

## Tertulias literarias de hace treinta años

Esta reseña ha sido preparada intencionalmente sin tener más que una fecha: 1926.

Se ha dejado de lado todas las demás, por respeto natural de las edades.

Abarca una buena parte de las tertulias de Santiago de hace treinta años y bien podría haberse llamado: *Las peregrinaciones de un joven intelectual*.

No se ha querido buscar ni confrontar datos.

Ha sido escrita al correr de la pluma, basándose tan sólo en recuerdos personales.

El autor ha pensado que así resultaría más fresca y más amena.

Va dividida en partes que señalan los diversos salones y los sitios que frecuentó en su adolescencia.

---

Por esos tiempos, Vicente Huidobro estaba en Europa preocupado de instaurar el Creacionismo; Gabriela Mistral, de cónsul en algún sitio; Pablo Neruda, pagaba la culpa de ser poeta pegando estampillas en los pasaportes y facturas consulares en la lejana Rangoon; Eduardo Barrios vivía retirado en un fundo de las cercanías de San José de Maipo; Pedro Prado también vivía en el campo; los "Diez", a pesar de que la casa de la calle Santa Rosa de Fernando Tupper Tocornal había avanzado mucho, o no se reunían o no estaban al alcance de nuestra mano; Mariano Latorre no tenía una tertulia, pero era fácil verlo por las librerías del

centro. Jamás nos habríamos atrevido a llegar a la casa de don José Toribio Medina, pontífice máximo de la erudición, ni a la de su secretario Guillermo Feliú Cruz.

Un sitio donde siempre había gente era la *Librería Francesa*, entonces dependencia de la *Casa Francesa*, la rival de *Gath y Chaves*, situada en Estado esquina de Huérfanos en la acera del frente.

Todos los años cerca de la Pascua había rivalidad entre ambas casas para el decorado de las vitrinas y el último árbitro arbitrador era el público que contribuía con sus compras a premiar el acierto y el buen gusto.

La *Casa Francesa* cerró sus puertas hace ya muchos años y *Gath y Chaves* también.

En el sitio de la *Casa Francesa* que contó con el primer ascensor de una casa comercial de Chile (una máquina hidráulica que metía más bulla que una cascada) se levanta un edificio de departamentos.

En el lugar donde estaba *Gath y Chaves* se levanta el *Edificio España*.

Lo único que vive de tanta gloria es la *Librería Francesa*, donde suele haber tertulia, exposiciones y conferencias en *Le Caveau*.

De tal suerte, el intelecto ha sobrevivido a las glorias del comercio.

Nueva victoria de Ariel sobre Calibán.

---

Más de una vez el autor se ha preguntado el por qué fué recibido tan afectuosamente en muchas partes, siendo que era simplemente un mozalbete que no había producido nada.

Nada más que unos versos malos recitados en algún teatro por algún amigo y que habían tenido un éxito de críticas nada clamoroso aunque sí alentador. Por ellas hace años entonó un justificado: "Mea culpa".

¿Tal vez fuera la situación de su familia, el prestigio de su padre?

El hecho es que, sean cuales fueran las circunstancias asistió, como miembro de número a las más importantes tertulias de intelectuales de Santiago en 1926 y los años que siguieron.

#### DON VÍCTOR O LA EXTRAÑA ERUDICIÓN

Por esa época don Víctor Barros Borgoño, el menor de los hermanos y médico al ejemplo de don Manuel, tenía la edad que simplemente tenía.

Había prestado valiosos servicios.

Durante la epidemia del cólera era médico de la ciudad y fué el único que no abandonó su puesto.

En el caso del crimen de las *Cajitas de agua*, su informe había servido para hacer justicia.

En la época en que lo conocimos era médico de jubilaciones, médico municipal y desempeñaba otros cargos.

Se había quedado algo atrás en la ciencia de su especialidad, pues prefería por mucho la literatura.

El decía que los especialistas eran "tal y cual cosa" y las arremetía sobre todo contra los "oto-rino-laringólogos".

Sostenía no tener muchos clientes porque recomendaba aspirina para el resfriado, manzanilla para el dolor de vientre, etc.

"Remedios que hacen bien, pero que no están de moda".

Las malas lenguas opinaban de otra manera.

"Don Víctor pretende curar a los enfermos leyéndoles versos en latín".

Ambas partes tenían razón.

Era don Víctor un hombre alto y corpulento.

Una cabeza redonda calva en lo alto y con pelo cano a los costados, unos grandes ojos pardos bondadosos, un bigote casi a lo Kaiser y en el labio inferior una "mosca" como los grandes plantadores brasileños.

En su famoso quiosco del cual hablaremos luego, se cubría la cabeza con una gorra de lana con una gran borla.

Su mentón remataba en un cuello tieso y una corbata plastrón con un lindo alfiler.

Usaba un *fumoir*, pero cuando salía a la calle se ponía unos chaquetones azules con cuello de terciopelo.

Infaltablemente chaleco de piqué y polainas blancas.

Los anteojos de don Víctor estaban bien asegurados.

Eran unos "quevedos", con pince-nez, que tenía además una cadenita para sujetárselos en una oreja y por el otro lado un cordón que ensartaba en el ojal de la solapa.

La leyenda quería que tuviera la misma afición de Carlos V por los relojes.

Se contaba que usaba uno de pulsera en cada muñeca; dos de bolsillo en los superiores del chaleco, unidos por una cadena con "breloques" y otros dos en los bolsillos inferiores, cada uno con su respectiva leontina.

No faltaba quien sostuviera que hasta usaba un reloj en cada tobillo.

Todo esto tiene mucho de leyenda.

Pero verdad es que, sí usaba por lo menos un reloj de pulsera y dos de bolsillo.

Tenía don Víctor una hermosa voz baja y bien timbrada.

Su cultura me pareció entonces asombrosa.

Hablaba perfectamente castellano, francés, inglés, italiano, alemán. Era muy versado en latín y griego.

Se sabía de memoria montones de poesías en todos estos idiomas, las recordaba con gran fidelidad, las recitaba en convencido y convincente modo.

Conocía muchísimas partituras de óperas y se mantenía, gracias a constantes lecturas, al día en toda clase de conocimientos.

Aficionado al teatro, su repertorio de obras era inagotable.

*La dama de las Camelias* era su preferida y la daba magistralmente ante nosotros, doblando todos los personajes: "Oh monsieur Armand Duval..."

Jamás viajó fuera de Chile, pero conoció todo lo que aquí llegó de bueno, que en esos tiempos de alto cambio monetario no era poco.

No estaba limitado sólo a esto su saber.

Gran conocedor de escultura y de mitología greco-romana, su casa estaba llena de reproducciones en mármol, en terracota, en yeso, en lo que fuera.

Y con santa paciencia nos enseñaba con toda generosidad cuanto sabía.

Le agradaba que se armaran doctas discusiones.

Sabía excusar la pedantería de los viejos y la audacia de los jóvenes y él se colocaba, sentado en su "trono de Dagoberto", un sillón de brazos comprado donde Cruz Montt quien entonces ponía de moda varios tipos de muebles antiguos bajo la rúbrica nada exacta de "estilo colonial". Era el árbitro final de todo.

Don Víctor era casado con una encantadora dama, misiá María Luisa Lynch de Barros.

Ella tenía la edad que en ese tiempo tenía.

Y dos hijos, Víctor y Patricio.

Ambos asiduos colaboradores de la prensa, pero no tanto a la tertulia de la noche.

A Patricio lo vi una sola vez; a Víctor, algo más seguido.

Los dos viven aún y están muy bien.

Era misiá María Luisa una señora como todas las señoras distinguidas de Santiago.

Se veía que debió de ser muy hermosa y tenía dulces ojos claros y un pelo canoso en el que aún se advertían los restos de una rubia.

De facciones regulares, siempre vestida de negro, muy fina y amable.

Como todas las santas mujeres de su tiempo carecía de historia y hasta de anecdotario.

En cambio su marido don Víctor "todo

un brazo de mar", fué héroe de muchos episodios y su anecdotario era inagotable.

Un rico señor había construído casi toda una manzana en la cuadra 21 de la calle de las Rosas.

Las casas tenían pretensiones clásicas.

De un piso, con fachadas adornadas con diversos motivos de yeso.

Don Víctor fué el primer ocupante de este remedo de resurrección greco-romana en el barrio santiaguino y se eligió la número 2131 al centro de la cuadra.

Nuestro buen doctor la llenó pronto de estatuas.

Y como éstas no bastaran, las hizo pintar en las paredes al fresco, en blanco y negro, con motivos romanos y griegos.

Así, dentro de un material tal vez algo ordinario, se sentía en ese mundo clásico cuya literatura e historia dominara tan bien.

La fachada fué pronto adquiriendo muchos colores.

Las columnas de los balcones tomaron colores de mármoles veteados; una cabeza de mujer que está en el frontis y un cóndor, recuperaron sus colores naturales. El todo se fué poniendo de diversos tonos hasta adquirir toda la gama de colores posible, con un dominante rojo encendido.

Cualquiera que viera a don Víctor gastar tanto en transformar la casa lo hubiera creído propietario.

Su hijo Patricio, casado y con hijos, por divertir a los niños construyó un quiosco de tablas pintadas de verde en el primer patio, sombreado por una palmera.

Este quiosco duró así poco o mucho, no lo sé.

Pero un día llegó a casa de don Víctor el maestro Maturana...

Yo lo conocí.

Era éste un hombre del pueblo, ingenioso

y simpático y don Víctor le tomó cariño seguramente porque le recordaba a Baco.

Nuestro buen hombre no se oreaba.

Entonces comenzó la verdadera construcción del quiosco.

---

Cuando yo conocí a don Víctor el quiosco estaba terminado.

Tanto por dentro como por fuera contenía todos los colores posibles y una tal instalación de bombillas eléctricas que la Compañía de Electricidad había instalado dos medidores en la casa.

Este quiosco con más de quinientas ampolletas en rojo, verde, azul, naranja y jaspeado, sólo encontraba rival en el oratorio particular de mi tía Beatriz Rivas Vicuña en la calle Amunátegui al llegar a Santo Domingo, donde había tantos santos y santas cubiertos de ropas tales, como figuras desnudas donde don Víctor.

Las paredes tenían nichos y en ellas unas figurillas alumbradas por luces verdes y rojas "para que se viera el rosado de la piel y el azuloso de la sangre". Así decía el anfiteón.

Había muebles de asiento, muchas porcelanas de diversas procedencias, montones de libros, una magnífica vitrola ortofónica y en el centro una mesa atestada de cosas varias.

De la mesa brotaba un ramo de flores monumental que subía hasta el techo.

Eran flores artificiales, de seda, de papel, de madera, de un cuanto hay.

Todas las mañanas don Víctor con un gotario aplicaba a cada una su perfume especial, comprado no muy caro en la botica del barrio.

Mucha gente se ponía nerviosa en el quiosco tanto por el recargo como por lo extravagante de los olores.

Pero eso era demasiado para ser chocante.

Era una creación única.

La fantasía del doctor realizada por un estuchito (así se llamaba por aquel tiempo a los obreros que servían para todo), borracho perdido en las viñas del señor...

"Cuando dos genios se juntan, decía Maturana, ebrio, palmoteando finalmente al doctor, una vez terminada la jornada del quiosco, grandes cosas resultan..."

La primera noche que fuí a la tertulia había mar gruesa. Manuel Vega había publicado esa mañana en *El Diario Ilustrado* una crónica que comenzaba con la frase: "Hay un doctor excéntrico en Santiago..." No se nombraba a don Víctor, pero la descripción del quiosco, del personaje y los contertulios, hacían muy clara la alusión. Para colmo el artículo era gracioso.

Don Víctor estaba indignado, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas tronaba: "Hay un doctor excéntrico en Santiago...", y repetía una y otra vez la frase.

Luego agregaba como único, furibundo comentario: "¡Habrás visto...!"

Volvía a leer la primera frase del artículo, sin continuar, perdiéndose en interjecciones. De tal manera, jamás llegué a conocer el resto del artículo tan incriminado. Don Víctor era demasiado bueno para caer en el pelambre; pero la cosa le había caído muy mal. El hecho es que jamás vi a Manuel Vega en la tertulia, aunque es seguro que el excelente doctor, pasado el primer y muy natural estallido, lo habría absuelto con indulgencia plenaria.

Fuí recibido esa misma noche como "miembro de número".

Los contertulios habituales eran don Alberto Cumming, don Juan Agustín Barriga, Eugenio Orrego, Ricardo A. Latcham, Carlos Ibar y el que escribe.

Don Alberto era un hombre extremadamente bondadoso, profesor de la Universidad Católica y nosotros creíamos erradamente que clasificaba a la gente entre "buenos y malos romanistas". Ricardo A. Latcham era muy admirado por nosotros. Escribía habitualmente en *El Diario Ilustrado* con una pluma valiente y ágil, había editado un pri-

mer libro, *Escalpeló*, que se agotó rápidamente. De charla muy brillante los viejos lo tomaban mucho más en cuenta que a nosotros. Eugenio Orrego Vicuña, hijo de don Luis, el autor de *Casa Grande* y nieto de don Benjamín Vicuña Mackenna, escribía por imperativo del ancestro. Joven secretario de la Legación de Chile en el Japón, había vuelto al país atravesando la Rusia comunista. Era, naturalmente, socialista. Seguramente fué el primer chileno que estuvo en Rusia después de la revolución que sepultó el imperio de los zares. Tenía varios libros publicados. El gran actor Enrique Borrás había dado una de sus piezas y con razón lo considerábamos un gran escritor. Don Víctor tenía una especie de cajita de fósforos forrada en fina seda bordada que guardaba como un tesoro y en verdad tal vez era la edición japonesa de uno de los libros de Eugenio.

Carlos Ibar tenía fama de gracioso y hacía maravillosas imitaciones y monólogos humoristas de gran éxito: *La beata*, *El examen*, *El día de la madre superiora*. También recitaba versos.

He dejado para el último a don Juan Agustín Barriga. Un caballero alto, de ojos azules y elegante porte, hablaba con un ceceo especial que producía el constante humedecerse los labios con la lengua. Muy culto, sostenía ser un clásico en sus gustos, en el sentido de que la palabra significa lo eternamente bello. Orador notable, al tanto de todo, con largo pasado político y muchos viajes, lo mirábamos como a un maestro. Era para nosotros un honor acompañarlo de casa de misía Martina a la de don Víctor y luego a su propio domicilio. Le cansaba andar y se iba parando cada cierto trecho para contarnos o enseñarnos cosas.

En tiempos de sus mocedades, tiempo de álbums de autógrafos, cierto señor más que ingenuo, enamorado de una dama que no le hacía caso alguno, había escrito en su álbum los siguientes versos, llenos de intención:

“Infeliz perdiz,  
Vióte el cazador,  
Apuntóte,  
Tiróte,  
Cazóte,  
Matóte,  
Infeliz perdiz,  
Más te valiera estar  
Duerme”.

Don Juan Agustín, tomando su estilográfica arcaica, marca Waterman, inmediatamente, *calamus currenti*, había anotado al pie, con la misma alusiva intención:

“De Laura y de Petrarca la memoria  
Canta con dulce amor la poesía,  
Ambos vivieron en la Italia un día,  
Pero tú, más feliz,  
Inspiraste el cantar de la perdiz”.

Este viaje de donde misía Martina a donde don Víctor, inquietaba al doctor, quien muchas veces temía quedarse sin clientela. El ordinario de la casa era *cherry brandy* y galletas. En cuanto llegábamos, don Víctor nos pasaba una gran copa llena de licor, con un trozo de hielo, ignorante que su muy amena charla era la mejor de las invitaciones.

El trago que nos pasaba equivalía a tomar seis o siete copitas de fuerte, dosis como para tumbar a cualquiera. Pero jamás vi a nadie propasarse en las tertulias del quiosco. Don Víctor si alguna vez faltábamos inquiría: “¿Qué les da la Martina?” Le contestábamos la verdad: “Té y bizcochuelos”. El concluía triunfante: “Bueno, desde mañana, whisky y dulces chilenos”.

Yo había ido siempre, aunque sólo me hubiera dado un vaso de agua con que mitigar el sofocón y la encerrona en el recinto. Pero era necesario ir a todas partes para no quedar “de placé”.

Desde el instante mismo en que se terminó la construcción del quiosco se inició la del peristilo. Otra vez la madera, el yeso y el cartón piedra fueron puestos a contribución junto con todo el arco iris, para el decorado, y los estilos arquitectónicos más variados. Se colocaron allí de esos enanos, conejos y hongos de terracota en vivos colores que se importaban desde Nüremberg, la capital de los juguetes, junto a estatuas griegas.

El quiosco donde había un fino cristal de Murano, pero colorado, enriqueció con dos terracotas en ese entonces muy populares que se hacían juego: un Don Quijote, yelmo de mambrino en la cabeza y coraza plateada y un Mefistófeles, tipo personaje de opereta envuelto en una capa de rojo infernal.

Don Víctor poseído de una fiebre faraónica de la construcción, seguiría impertérrito, como más adelante veremos, nunca más volvería a faltar plata para el trago en la escarcela del genial borracho Maturana.

En la tertulia se hablaba de todo.

Eugenio Orrego explayaba revolucionarias doctrinas que pretendían hacer mejores a los hombres y la vida en este mundo; Latcham hacía agudos comentarios; los viejos señores no dejaban de escandalizarse al oírnos los versos de los nuevos poetas que les sonaban a crimen por no respetar las formas consagradas.

El doctor era el árbitro de todo y su tacto le impedía discutir el gusto de nadie.

Tanto él como misiá María Luisa, apoyaban mis ideas seguramente por ser el más joven y más insoportable de todos. Era el menor y el más débil, mentalmente, y su protección tomaba ribetes paternos. La diferencia fundamental estribaba en que los demás sabían muy bien de lo que hablaban y yo no.

Así, noche tras noche, esos tres viejos simpáticos completaban nuestra cultura clásica, tan descuidada en los programas educacionales, mientras nosotros les abríamos el nuevo mundo de las luchas sociales y de las ideas estéticas de vanguardia.

Era don Víctor un hombre demasiado delicado para hablarnos de sus aventuras, pero sin lugar a dudas las tuvo. Por esos tiempos caballerosos, las mujeres casadas agregaban como ahora el apellido del marido a su nombre. En cambio, las mujeres amadas, perdían hasta el tierno apelativo en labios de esos inmediatos herederos de la virtuosa época victoriana, salvo en los momentos de la mayor intimidad.

Había visto actuar a Sara Bernard en un barracón de la calle Dieciocho, y como consecuencia de tal descortesía, *La Divina* se fué hablando mal de nuestra tierra. Recordaba a la Ristori, con gran emoción. Enciclopedia de actrices, cantantes y bailarinas, de todos los órdenes y calidades, en tiempos de galanteos entre bambalinas, no creo calumniarlo ni siquiera pecar venialmente cuando me salta la tentación de pensar que nuestro personaje no fué ajeno a esos trotes...

Gran bibliófilo, dueño de un incunable, regalo del padre Salas con quien acometiera otrora la gigantesca tarea de preparar un inmenso y mejor diccionario etimológico, el que había quedado en la letra C.

Poseía muchos libros raros y *éditions numérotées*. Muchas veces en la mesa del quiosco aparecía un precioso libro en edición ilustrada de lujo. El doctor lo mostraba con deleite, como consultando nuestra aprobación. A los días desaparecían estas maravillas y no las volvíamos a ver nunca más. Seguramente habían ido a parar a las lindas manos de alguna damisela, como el culto tributo de los entusiasmos de don Víctor.

La biblioteca, las estatuas, las porcelanas, los bastones, no eran la única cosa que coleccionaba nuestro amigo. Tenía unas seiscientas pipas. Si bien es cierto que la gran mayoría eran de caolín como se usaban en los países del norte de Europa. Había muchas hermosas, las mejores de las cuales conservan sus hijos. De espuma de cerezo, talladas en marfil, un suave, una calavera, de guindo, largas pipas bávaras con pocillo

de porcelana y cubiertas de plata. Muchas eran verdaderas obras de arte.

Misiá María Luisa raras veces asistía a la tertulia y siempre vestida de negro y silenciosa. Alguna que otra vez arriesgó una opinión. Entonces oí que don Víctor decía, así, distraídamente y como sin intención alguna: "Las señoras mujeres no saben nada de nada".

La aludida replicó inmediatamente: "Víctor, cómo puedes tú decir eso estando yo aquí". El doctor quiso disculparse: "No lo digo yo señora, es un decir", con lo que la frase se hizo lapidaria.

De todas maneras, la cosa no tuvo ni podía tener la menor importancia. El la respetaba mucho y ella sentía por su marido una gran admiración.

Una noche me retiraba el primero de todos del quiosco y muy temprano, porque mi *polola* me tenía citado a comulgar al día siguiente, cosa muy agradable porque significaba la rara excepción de tomar juntos desayuno.

Al salir oí una voz que me llamaba, mientras se entreabría la puerta del saloncito particular de misía María Luisa, toda de negro. Me hizo misteriosamente signo para que me acercara y me dijo: "Mario, fíjese que yo me siento un poco avergonzada de no poder conversar con Uds. que saben tantas cosas. Ahora también, estoy leyendo. No se lo cuente a los demás. Le he pedido un libro a Víctor y me ha dicho que esto es lo mejor que hay". Me alargó un magnífico ejemplar de Mme. Bovary.

No se podía negar que el doctor tenía razón. Lo mejor que podía darle era el mejor libro de Flaubert, pero resultaba un aperitivo algo fuerte para una virtuosa dama chilena, abuelita de varios nietos, espejo de virtudes y más versada en vidas de santos y jaculatorias que en literatura francesa.

Una noche estábamos sólo cuatro en el quiosco: don Víctor, don Juan Agustín BARRIGA, Ricardo A. LATCHAM y el que escribe. La tierra se sacudió bruscamente y todos volamos fuera del quiosco, sitio que se hacía peligroso por sus muchos yesos y objetos menudos. Yo llegué corriendo hasta la puerta de calle llevado por ágiles 48 kilos; en el patio LATCHAM calmaba a don Juan Agustín, hombre que como buen católico tenía muchas ganas de irse al cielo, siempre que no fuera inmediatamente. Don Víctor, su gorro de lana encasquetado con la borla hasta el hombro, envuelto en una bata, desde el sillín de Dagoberto, nos miraba furibundo. No se sabía si despreciaba más nuestro temor o le dolía que de tal manera se abandonara el quiosco. No dijo ni una sola palabra y permaneció en su sitio como dicen los versos de Núñez de Arce:

"Mas cuando en recia batalla  
El mar, rebramando choca,  
Entonces, firme en su asiento  
El castillo desafia  
Las salvajes sinfonías  
De las olas y del viento".

Pasado el susto volvimos al quiosco. Un vaso grande de *cherry brandy*, grande como un plato de sopa, nos devolvió el alma al cuerpo.

Don Víctor desarrugó el entrecejo, se sonrió de nuevo. Más que nunca sintió la superioridad del capitán sobre la inquieta marinería del quiosco.

Semana a semana, la pirámide de flores crecía.

Los perfumes se habían multiplicado y ya el gotario de don Víctor debió trabajar varias horas diarias. LATCHAM, deportado, había escrito una carta con una letra imposible, sin puntos ni comas, pero muy noticiosa. Don Víctor, habituado a la paleografía, la descifró en pocas horas y leyó en voz alta su texto reconstruido.

Sonó también para mí la hora de partir

por largos años y al final contaré mi vuelta al Olimpo del doctor Júpiter.

#### LA INQUIETANTE CASA DE DON MANUEL

En esos tiempos de mucha agitación política en una zarzuela, en la cual creo que había metido mano Carlos Cariola y otros, algún personaje misterioso decía: "Yo sé hasta lo que pasa, en la inquietante casa de don Manuel".

A mi padre tal frase le había hecho mucha gracia y solía designar así su casa de la calle Moneda 1849, donde hoy hay un hospital.

Es verdad que la casa era muy frecuentada por políticos y periodistas.

No había día en que mi padre no recolectara en su corto paseo matinal por el centro un par. Mi madre, siempre desprevenida de tales visitas y desolada de darles el ordinario de la casa, se abochornaba sin razón y se deshacía en disculpas. Mi padre contaba que los había traído bajo la advertencia de que se comería "a la suerte de la olla".

Fuera de los políticos estaban los numerosos parientes.

Los amigos de nuestras hermanas y los nuestros.

La única persona de la casa que no tenía visitas personales era mi madre. Le bastaba ampliamente con su marido, sus hijos (éramos siete y aún lo somos) y sus hermanos y hermanas. Pero le ponía buena cara a todo el mundo.

La más curiosa visita era la tía Clarita Sutil viuda de Edwards. Había enviudado joven y no nadaba en la holgura. Día a día recorría todas las casas de los parientes Edwards, que eran muchos, y en todas contaba con la mayor buena fe y sin hablar mal de nadie, cuanto había sucedido. Un día llegó la noticia de la llegada del Anticristo. La guagua de la fulana había nacido con todos los dientes y sabiendo hablar. ¡El Anticristo en persona, hija! En su bondad no quería ni siquiera admitir lo que obviamente había

sucedido. Su visita jamás duró más de cinco minutos y la hacía de pie. Recitaba rápidamente la gacetilla y partía veloz como el rayo. Era un poderoso agente de la unión de la familia.

Esto lo he contado para que el personaje no se pierda en la nube de los recuerdos dispersos y darle un sitio, aunque mínimo en la historia de la buena voluntad nacional.

La biblioteca de mi padre —obsequiada a la escuela Franklin, de la cual había sido director en sus mocedades— era sobre todo jurídica. Pero no faltaban los autores nacionales, españoles y franceses. En ella me nutrí de todo lo que encontré a mano, me leí todo Blasco Ibáñez, todo Palacios Valdés, Ricardo de León, el teatro de Benavente, los Alvarez Quintero, las Antologías que publicaba Armando Donoso, Balzac, Renan, Voltaire, Joaquín Edwards, Víctor Domingo Silva, Pedro Prado, Eduardo Barrios, etc., todos los cuadernos de "los Diez", *Los doce Césares* de Suetonio, *Mis prisiones* de Silvio Pellico, *Los tres mosqueteros*; Víctor Hugo en ediciones baratas; Rostand, los Goncourt y Dumas hijo, la *Biblia*, los *Evangelios apócrifos* y el *Satiricón*...

Compraba en los anaqueles *El Príncipe* de Maquiavelo, libro que yo sí leí y mi padre me había comprado; luego lo mandó empastar sin haberlo abierto, le aburrió y puede decirse que tan sólo lo conoció de vista.

Cito esto muy al vuelo, lo que había era mucho más.

En su velador, el más extraño mueble que he conocido, un pie de madera negra del que emergía una gran barra de bronce vertical, a la que se atornillaba a la altura que se deseara un atril para la lectura, se apilaban los libros que de Francia mandaba Manuel Francisco Amunátegui Lira, residente en París, ingeniero de *Ponts et Chaussées*, hijo de nuestro cónsul general don Manuel Amunátegui Solar y de misía Fanny Lira de Amunátegui.

Manuel Francisco era inteligente y tímido, íntimo de los escritores franceses de van-

guardia, con los que se divertían colaborando en una revista infantil llamada *La semaine de Sussette* —donde daban calidad al famoso personaje *Bécasine*.

Mi padre tenía ganas de leerlos, pero la política no le dejaba tiempo. Eran pasto de nuestra curiosidad.

Sus costumbres eran ordenadas.

Despierto siempre a las ocho de la mañana, se leía todos los diarios, omitiendo por cierto los deportes, la hípica, los teatros, etc. Luego, empezaba en cama a teclear sus cartas y artículos de prensa y discursos en una máquina portátil.

No siempre era él quien los pronunciaba. Hábil y táctico parlamentario, facilitaba a algún diputado o senador torpín, la ocasión de lucirse con un buen discurso, sirviendo así las miras del verdadero autor.

Empezaban las visitas y pasaba a bañarse. Recibía a la gente mientras hacía su aseo siempre meticuloso y carecía de falsos pudores. Así se ganaba mucho tiempo. Luego partía al centro. El resto del día lo empleaba en sus muchos quehaceres. Era muy laborioso y se daba tiempo para todo. Jamás lo vi con las manos desocupadas. No hubo hombre más ordenado, si orden significa hacer siempre las mismas cosas.

Mientras se afeitaba recitaba siempre invariablemente versos de su tiempo: *La epístola Moral*, *Canto a las ruinas de Itálica*, *El caracol* de Diego Dublé; *El vértigo* de Núñez de Arce, o sus versos de José María Gabriel y Galán, de Rubén Darío o de Acuña. Su pieza fuerte era *Ante el mar* de Isaías Gamboa. Hombre de carácter alegre, aunque a veces se pusiera nervioso, era éste su canto matinal y su saludo al sol de mediodía.

Almorzaba con gran apuro exigiendo siempre que le pusieran en fila todos los platos que había (tres o cuatro) y los devoraba picoteando de uno y de otro.

Llegaba puntualmente a comer en la noche, jamás bebía alcohol, aunque se fumara un montón de cigarrillos. Y por la noche políticos y más políticos, con el pretexto de

jugar ajedrez o sin pretexto alguno.

Los más curiosos personajes que conocí o que más me llamaron la atención, ya que la gente que iba a casa era toda de la alta clase, fueron Luis Emilio Recabarren, Fernando García Oldini y Pedro León Ugalde.

El primero llegaba muchas veces cerca de la hora de comer, pero no aceptaba nada. Ni siquiera se sentaba a la mesa, sino al lado de mi padre, algo apartado. Parece que tenía la romántica idea de no recibir ni un vaso de agua de un burgués. Fernando García Oldini, poeta popular, miembro del partido Demócrata, con aire enfermizo, flautista del teatro Alhambra, era mucho más exaltado en sus ideas, gestos y palabras, pero no era tan melindroso en esta parte de los principios. Pedro León Ugalde era también de charla inagotable y no comía nada, pero había que pasarle una gran taza de café a cada rato.

El grupo de amigos de mi padre se componía también de profesores. Se interesaba vivamente por la educación. No hubo un solo proyecto que favoreciera a los profesores que no encontrara en él, un decidido partidario. Fué presidente del Consejo de Instrucción Primaria, y fué él quien negoció en la Cámara de Diputados la transacción que hizo posible el despacho de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. El proyecto, ya se sabe de dónde había salido. Los conservadores lo apoyaron un tiempo, fué combatido por los radicales en su forma primitiva; luego lo tomaron los radicales y lo combatió la gente de derecha. Fué durante décadas enteras de un lado para otro, hasta que pudo llegarse a un acuerdo.

De los que más frecuentaron la casa en esos días, recuerdo a don Maximiliano Salas Marchant, a don Darío Salas, al doctor Carlos Fernández Peña, interesado siempre por la Patria, así con mayúscula.

Tenía que presentar a mis personajes antes de llegar a su tertulia literaria.

Esta tenía lugar los días jueves.

Para nosotros, día de fiesta. Se hacía mucho mejor de comer.

Los contertulios principales eran tres: Alberto Edwards Vives, pariente de mi madre y gran amigo de mi padre, había sido director de la revista *Pacífico Magazine*, era un hombre muy al día y muy simpático. Luego Diego Dublé Urrutia, a quien mi padre consideraba un gran poeta y el diputado radical Víctor Robles.

Diego Dublé estaba en vías de convertirse al catolicismo, citaba la Biblia y a veces recitaba sus poemas inéditos.

Don Víctor Robles, fuera de sus viajes por el Japón, no tenía gran cosa que contar y mal podía *correr* al lado de los otros dos.

Ninguno de los comensales sentía ni el menor interés por la llamada poesía de vanguardia. Por lo cual, para mí, proyecto de poeta, cuanto hablaran carecía de otro interés que el anecdótico.

Alberto Edwards era monarquista y de opiniones rotundas, tal como las tienen muy comúnmente los hombres de elevada estatura, recia complexión y temperamento sanguíneo. Predicaba la vuelta del roto al arado y chocaba a mi padre y a los demás argumentando en contra de la instrucción. Estoy seguro de que tales no eran sus convicciones y que sólo lo decía para producir efecto y animar la charla.

Un día afirmó sus robustas manos en la mesa, se echó hacia atrás y con voz de trueno exclamó: "En Concepción..."

Luego de un suspenso preguntó: "¿Nadie de los presentes es de Concepción?"

Mi padre le explicó que él por lo de Cruz era de origen pencoñ; que el padre de mi madre, el activo diputado don Perceval González Ibieta Benavente y Palma, era de Concepción; que en consecuencia, los hijos de tal matrimonio tenían mucha sangre de la capital del sur; Diego Dublé Urrutia era originario del mismo sitio y también lo era don Víctor Robles.

Alberto Edwards hizo un terrible esfuerzo por dominarse, notorio en la hinchazón de las carótidas, largó un verdadero bufido y no pudo dejar de decir, como máxima concesión a los presentes: "Bueno, lo menor

que se puede decir de Concepción, es que jamás ha producido una persona inteligente".

*Tableau...*

#### LAS GRANDES MUJERES

Voy a hacer una lista muy somera de las grandes mujeres de ese tiempo.

En la extrema derecha misiá Adela Edwards de Salas, la primera mujer que fué regidora en Chile, conservadora, fundadora de la Cruz Blanca y mezclada en muchas obras de bien social; misiá Delia Matte Pérez, fundadora del Club de Señoras, sobre quien hablaremos más extensamente; misiá Elvira Santa Cruz Ossa, o sea Roxane, persona muy activa, partícipe en la fundación de las plazas de juegos para niños, directora de *El Peneca*, redactora de varios diarios, organizadora, con su propio peculio, de colonias veraniegas escolares; la aguda misiá Inés Echeverría de Larraín, literata muy nombrada y prestigiosa; misiá María Valdés de la Jara de Prado, quien escribía en los diarios, siempre al tanto de la política y también interesada en las obras sociales.

Había dos damas de cuyo talento y honorabilidad nadie dudaba, pero cuyas ideas avanzadas producían algún escalofrío en las damas más timoratas. Eran misiá Amanda Labarca y misiá Isaura Dinator de Guzmán. Mujeres intachables, de gran cultura, era indispensable contar con ellas para cuanta labor se quisiera desarrollar.

He evocado todas estas damas porque no pueden faltar al referirse a la crónica santiaguina de una época en que ya estaban en marcha las reformas sociales.

Las señoras resolvían sus problemas según su temperamento y cultura. Pero todas se encontraban en esos días venturosos, unidas en el bien de la patria.

De esta unión salieron excelentes cosas, como la Ley de la Silla, las salas cunas en las fábricas, los permisos maternales, etc. Un gran progreso en el desarrollo de las ideas y prácticas de la solidaridad humana y social.

Nos gustaría mucho detallarlas una a una, pero el espacio de esta crónica está limitado a las tertulias literarias y no podemos hacer largas biografías.

#### MISIÁ DELIA MATTE, LA BONDAD MILITANTE

Misiá Delia Matte Pérez de Izquierdo, por su actividad reactualizaba el dicho: "En Chile quien no es Matte, es empleado público".

Era una señora de alta estatura, de mirada bondadosa, de nariz respingada. Andaba con menudos, pero cundidores pasos. No se sacaba jamás el sombrero. Por lo menos nadie la vió sin él. Las gentes se entretenían en hacer circular versiones sobre esta costumbre que luego heredó su hija. Yo le conocí muchos, todos tenían plumas y eran bastante grandes. Según la moda, sin mucho apuro.

Era presidenta del Club de Señoras, situado en la calle Catedral 1245.

Al principio tal club había sido trazado a la manera norteamericana. Había cocinas. Muy luego hubo que despedir al cocinero porque decididamente las señoras chilenas son hogareñas.

Pero quedó en pie el vasto local con su salón de acto, una dulcería donde todo el producto se destinaba a fines de caridad, una agencia de empleos, una sala de exposiciones, una biblioteca.

Cuanta persona de importancia llegaba al país era recibida por misiá Delia en el club. Se le invitaba a un *cocktail party* muy sencillo y con poco trago, pero sí lleno de personalidades de Santiago de Chile.

Gracias a la bondad de misiá Delia, persona de las más sanas intenciones del mundo, nosotros podíamos conocer, muy al alcance de la mano, a toda la gente.

Misiá Delia nos presentaba como si fuéramos nosotros también gentes de primera línea. Enumerar a cuantos conocimos por su intermedio, sería labor de nunca acabar.

En las tertulias del Club de Señoras se co-

nocía a las gentes, se les oía, no se discutía jamás. Misiá Delia, con su buen tono señorial no habría mirado con buenos ojos el que su club fuera sede de polémicas.

Para la juventud tenía el inmenso valor de una casa con las puertas abiertas.

Cada joven que quería dar una conferencia, un recital de música o versos, leer algo, exponer sus pinturas, dibujos o mamarrachos, o lo que fuera, invariablemente contaba con la acogida gratuita del Club de Señoras.

Aquí no había distingos. La buena voluntad era reina y señora.

Muchas veces he pensado en la gran falta que hace misiá Delia en Santiago. Ya nadie sigue sus huellas y las inquietudes de los jóvenes no tienen donde explayarse tan libremente y bajo tan buenos auspicios, como es el contar siempre con una sala y un auditorio.

Carlos Vicuña Fuentes relata, y en ninguna parte se ha podido comprobar la verdad del rumor, que don Ladislao Errázuriz Lazcano se vió obligado, perseguido por la policía política en Viña del Mar, a pasarse de su casa a la de misiá Delia y que esta dama lo había disfrazado con sus propias ropas, uno de sus famosos sombreros y su velito en la cara y enseñándole a hacer como ella pasitos muy cortos y rápidos, con los que el distinguido político salió tranquilamente a la calle, despistando a todo el mundo y embarcándose para Europa sin ser importunado.

Cuento lo anterior, haciendo notar que a misiá Delia no le importaba nada la política, para hacer ver su bondad siempre militante.

#### MISIÁ INÉS O LA AGUDA INTELIGENCIA

Misiá Inés Echeverría de Larraín era una persona muy distinta.

Independiente en sus ideas, había publicado varios libros y escribía constantemente en diarios y revistas.

Iba desde la prosa poética hasta un artículo de propaganda del específico boliviano Benguria que salió publicado en la revista "Familia". Era realmente incansable. Si a esto se suma que era madre de una familia bien atendida y bien educada, que hacía muchos viajes al extranjero, se llega uno a abismar del milagro de la multiplicación del tiempo.

Misiá Inés no tenía propiamente una tertulia ni un domicilio muy fijo.

Hacía intensa vida social y donde ella se iba a comer, especialmente invitado.

Prácticamente, todo cuanto había de inquieto entre la juventud pasó por su casa.

Las personas más asiduas eran Francisco Huneus Salas y Carlos Vattier Bañados.

El primero a quien misiá Inés declaraba "un santo", es un notable artista. Había dado varias piezas de teatro, filmado junto con Jorge Délano una de las primeras películas chilenas, caricaturista de lápiz un tanto incisivo, pero bondadoso y caballero a pesar de algunas arbitrariedades y de un ojo tal vez algo más observador que el de los demás.

Carlos Vattier, de corta estatura, ha sido sin duda uno de los más chispeantes ingenios que se han producido en Santiago. Escribió con gracia y simpatía unos libros de cuentos, muchos libretos de radio, montones de artículos en diarios y revistas y dejó sin publicar muchas obras.

Otro contertulio era Hernán Díaz Arrieta.

Misiá Inés gustaba de la frase intencionada y aguda. Apasionada y vital, tal vez sin quererlo, decía a veces a las gentes algunas cosas que no hacían precisamente su felicidad.

Su "humor" se enriquecía con constantes lecturas.

Utilizaba los personajes de Proust para insinuar a las personas ciertas agudezas que no todas entendían. Los *barons charlus* eran prodigadas con alguna generosidad entre los que no le caían en gracia.

Con ella había que estar un poco a la defensiva.

Cuando se fueron casando sus hijas, una

señora de cortos alcances, durante una gran fiesta, le dijo: "Misiá Inés, ahora Ud. debe sentirse muy sola". Misiá Inés le contestó: "No, yo siempre estoy acompañada por el espíritu de las gentes que quiero y sucede que cuando no hay nadie me encuentro entre mis mejores amigos. Y otras veces pasa lo contrario. Por ejemplo, dicen que aquí hay mucha gente. Debe ser porque no tengo buena vista, pero yo veo puras sillas..."

Tenía un modo de hablar muy característico, con una voz aguda y penetrante como su ingenio siempre despierto.

Pero ésta no era nada más que la fachada exterior de misiá Inés. Era su modo de presentarse, muy distinto a su fondo verdadero.

Estaba casada con don Joaquín Larraín, un caballero de muy imponente aspecto físico y de nobles maneras a quien miraba naturalmente, con gran respeto; por lo menos fué lo que yo vi en su casa las pocas veces que tuve el honor de ser invitado.

Contertulio muy importante, pero mucho más calmado, fué siempre el tolstoiano Fernando Santiván (Santibáñez), hombre de apuesta figura, culto y de agradable conversación. Por cierto, escritor de fuste, porque los mediocres y los tontos nunca florecieron cerca de misiá Inés.

La verdadera misiá Inés era mujer de hogar. Lo era a la manera inteligente. Dudo mucho que supiera recetas de cocina ni preparara tortas, ni exquisitas galletitas, ignoro si supiera tejer, bordar, desmanchar la ropa ni muchas otras minucias.

Lo que sí sé, es que, apasionada en todas las cosas, lo era sobre todo con su familia. Quiso siempre mucho a los suyos, les dió esmerada educación y no toleró jamás que nadie los tocara. Misiá Inés sabía defender a su gente.

Con sus amigos fué siempre excelente y se acordó de ellos hasta en la última hora dejándoles dinero para que pudieran realizar su labor intelectual.

Una cosa característica de las comidas en casa de misiá Inés, era su discusión constante con don Joaquín.

Esta discusión recordaba "El club de los negocios raros" de Chesterton. Don Joaquín no estaba a sueldo de Walpole, pero le gustaba lucir el talento y la agudeza de su mujer y discutía o planteaba problemas para que ella disertara y animara tales charlas con interrupciones y otros medios técnicos. Misiá Inés sabía agradecer esta abnegada labor de su marido y la retribuía con un amor enorme. La muerte de don Joaquín dejó a misiá Inés dueña de una respetable fortuna, y en un estado de postración que la acompañó hasta sus últimos días.

Ya se ocupó muy poco de escribir. Sintiendo muy sola, se dedicó a ser furiosamente madre de sus hijos.

#### SARA MARÍA O LOS DADÁ

En la Alameda . . . , en un segundo piso, ocupaba una vasta habitación con alcoba Sara María Camino de Backhaus, viuda del pintor de ese nombre e hija de don Benito Camino.

Don Benito era una personalidad muy conocida en el mundo social santiaguino. Dueño de una pastelería, a la española, con su sección licores anexa. Sus licores y pasteles eran extraordinarios y muchas señoras perdonaban las llegadas tarde de sus maridos, siempre que les trajeran como tributo expiatorio un paquete de "gotas de limón" de la pastelería Camino.

La ley prohibía tener negocio de licores a menos de cien metros de una iglesia. Resulta que don Benito tenía el suyo a más de cien metros de la Catedral, pero, a menos de esta distancia reglamentaria de El Sagrario. Las gentes le atribuían, al señor Camino muchos dichos. Entre ellos éste: "Pase que me fastidie la Catedral que es toda una señora. Pero no soporto que lo haga el Sagrario, que es un pinganilla . . ."

Contaban maliciosamente que, en esa época de aparatosos funerales, el señor Camino, haciendo uso de la palabra para despedir a un deudo en el cementerio, había empezado su oración así:

"Fulano ha muerto. . . ¡Ca! ¡No ha muerto! Si aún me parece verlo saboreando los exquisitos pasteles de mi pastelería. . ."

Naturalmente tal cosa no era sino un chiste; el señor Camino era el primero en reírse de que se le atribuyera tal despropósito.

Su hija Sara María, viuda muy joven, había hecho un viaje a Europa y venía muy empapada de Dadaísmo.

Muy amiga de los Morla Lynch, de la Blanca Figueroa (hija del presidente don Emiliano), de mi padre, de Santiago Labarca, de Jenaro Prieto, y de muchísima gente, brindaba amable acogida en su casa y era en Santiago la vanguardia del arte moderno. Ella misma pintaba con talento, tal vez con más que su difunto esposo.

Las paredes de la vasta sala de Sara María estaban llenas de poemas de Vicente Huidobro hecho cuadritos. Los versos del molino, el árbol, etc., distribuidos sobre la cartulina según el objeto de que hablaban. No los recuerdo. Pero versos en que las letras formaban una espada, un molino, un bosque o la cara de una mujer, nos parecían entonces la última maravilla. Y, aún más porque estaban en francés. Los años nos han mostrado que tal artificio, ingenioso sin duda, no es del más seguro buen gusto.

Por esa época Sara María vivía en función de su amor por "el niño". Este niño era su novio, el hasta entonces joven, agitador y musicólogo Fernando García Oldini. En una pequeña mesita había un par de anteojos amarillos. Eran, según explicaba a la dueña de casa, para que se los pusiera "el niño" y la contemplara "dorada". Sin los anteojos se la veía igual. Sara María era rubia como los trigos maduros, de ojos azules, talentosa y cordial.

El niño había sido nombrado cónsul en Lugano, palabra que aunque fuera italiana, en ese santuario se pronunciaba en francés. Fernando desde cada etapa importante de su viaje mandaba un cable en el que figuraba la palabra beso. Era una revolución en el formal lenguaje cablegráfico de la época. A

su llegada a París mandó a su novia una gruesa carta, en la que iban anexados los menús de los restaurantes, los programas de los teatros, los boletos del Metro. En fin, las pruebas palpables de todas sus actividades.

Sara María usaba unas medias de lana a cuadros, en esa época de faldas hasta la rodilla. La gente la creía gringa...

Mostraba a sus amigos unos ejemplares de una revista *Dadá*. En el primer número aparecía una ilustración con diversos tipos de llaves ganzúas y en otro, uno de los redactores de la publicación injuriando a un cura. Era la época en que lo anticlerical aún no pasaba de moda. Ella era católica y sólo mostraba esas cosas como curiosidades irreverentes.

Mientras sonaba la hora de que Sara María partiera a Suiza a casarse con el "niño", pintaba afanosamente un cuadro en colores azules y blancos. Se llamaba "Les doctrines bleues". Sobre un fondo rocalloso con una torre, aparecía Fernando García Oldini de pie. A la izquierda, mi padre y yo sentados en una piedra; a la derecha, la pintora y Blanca Figueroa en la misma actitud. Todos estábamos vestidos de campesinos rusos porque era necesario pensar en Tolstoi y Dos-tiewski, cuyas obras figuraban en anaqueles empastados en gruesos géneros de lana de colores varios y muy abrigadores. Este cuadro estuvo muchos años en mi poder y luego lo regalé a "mis hermanos espirituales" Fernando y Sara María, quienes llamaron siempre a mi padre "el príncipe".

En una mesa había una cantidad de objetos mágicos y amuletos de buena suerte, elefantitos de marfil con la trompa en alto, bolas de vidrios "vibradas" y una buena cantidad de esos cargapapeles de vidrio que tienen en el interior burbujas de colores variados. Uno de ellos, chatito, tenía burbujas cristalinas. Según la dueña de casa, en ella se contenían "las almas de los poetas natos".

Las conversaciones eran muchas y de todos los tipos. El dadaísmo era un tema accidental. Sara María tenía ya en ese enton-

ces una cultura lo bastante completa como para no dejarse engañar por una determinada moda artística o literaria.

Jenaro Prieto explicaba un día que había hecho una exposición de sus cuadros, pintados en grueso cartón y que como se vendieran bien los había cortado y vendido la otra cara, ya que estaban pintados por ambos lados. Hasta ahora creo que hubo tal vez un poco de jactancia en el talentoso humorista.

Sara María no era política, le bastaba con ser artista. Pero por esa época algunos de sus amigos fueron perseguidos. Naturalmente, ella, cuya generosidad no tenía límites, se ocupó en ayudarlos. Uno de ellos tenía entonces una esposa con injustificada fama de tonta y se sabía que molestaba mucho a su marido. Sara María al noticiarlo de sucesos de Santiago agregó a su cable la frase: "La tonta en desarme". La ultrainteligente autoridad subalterna la citó para interrogarla, creyéndola implicada en un complot y suponiendo, sin razón alguna, que la frase quería decir: "El Latorre en desarme".

Llegó para Sara María la hora de partir a casarse con Fernando y tuvieron un niño al que llaman "El Tigre".

#### LAS ANTESALAS DE LAS PETIT

El doctor Emilio Petit había construido una linda casa en la calle Villavicencio, calle de artistas. Era profesor de la Escuela de Medicina y ya en su escritorio había una nota de arte de vanguardia. Por esos tiempos el común de las gentes en Chile creía que el cubismo consistía en hacer figuras geométricas, con manifiesta ignorancia del verdadero propósito de la escuela que había tomado dicho nombre de la frase de un crítico, quien al ver una exposición dijo: "Il y a trop de cubs". Pues bien, un talentoso estudiante de medicina de apellido Faghilli, vencedor de un concurso de afiches para las fiestas de la primavera, había hecho un modelado de las facciones del doctor, pintado

de verde y de rojo, en el cual los bondadosos bigotes galos, daban al excelente padre de familia un aire externo algo mefistofélico.

En esa casa, que hoy ocupa un departamento de la Dirección de Prisiones, vivían unas señoras ancianas francesas, las señoras Marfán. Tal vez el único contertulio que las conoció fuí yo. A fuerza de terrible insistencia conseguí, muerto de curiosidad, que me invitaran a comer. Cuando lo conté, nadie quiso creerme. Me dieron una sana y abundante comida francesa en un medio agradable y burgués. Las ancianas señoras Marfán vieron con agrado que yo tomaba mi vino con agua. Una de ellas subrayó: "Je bois toujours mon vin coupé a l'eau". Manera muy francesa por cierto.

Francia es el país de las medidas inteligentes. En los prospectos de todos los remedios viene la explicación muy detallada, como si el enfermo fuera un tonto a quien le costara mucho entender las cosas y al final, una última indicación: "Prendre avec du vin ou du vin coupé a l'eau". Así pasa cualquier remedio por malo que sea y a él se agrega el remedio de los remedios, el vino, que Dios obsequió al hombre para ayudarlo a soportar la vida.

Las Petit Marfán eran cuatro lindas muchachas con aires de diosas griegas. No supe ni me interesa la edad de ninguna y tampoco jamás me preocupé del orden de precedencia que se estableció para su llegada a este mundo. La Margarita, la única que no tenía los ojos azules; la Magdalena, la más bonita; la Enriqueta, casada con el pintor Lucho Vargas Rozas y la Marta con Jorge Huneeus Lavín el arquitecto.

La Margarita era la menos preocupada por el arte. La Marta y su marido cantaban y por cierto eran miembros de la Sociedad Bach. La Enriqueta partía a Europa a casarse, y allí la encontraría después.

Nuestra amiga era la Magdalena, de hermosos ojos azules y líneas muy puras. Por ese entonces se dedicaba a la música. Una

adivina le había dicho que su destino estaba en las letras y un tiempo después dejó la música y obtuvo un premio por una novela sobre la Quintrala. Luego, ha seguido colaborando en diarios y revistas y ha escrito varios libros más, alcanzando bastante éxito y la consagración de ediciones en el extranjero.

Las Petit no recibían nunca en grupos. Cuando se había llamado a una de ellas para preguntarle si estaba visible, no aparecía ninguna de las otras hermanas, aunque uno preguntara insistentemente por ellas. Lo curioso es que los visitantes éramos amigos de todas, pero ellas entendían la cosa de esa manera y no de otra.

Particularidad de tales visitas eran las largas esperas. Las Petit eran muy metódicas, trabajaban en su música o en sus libros, se imponían tareas y no bajaban al salón del segundo piso sino cuando ésta estaba terminada. A veces la espera era de una buena hora.

Había, sin embargo, una manera de verlas juntas. En el parque Forestal, por la mañana. Porque así como el paseo del parque en la tarde era de mocosos, en la mañana iban intelectuales y las reinas del parque eran estas francesitas nacidas en Chile. Tal como la reina del cerro Santa Lucía matinal, era misiá Adela Matte de Izquierdo.

El paseo del cerro había sido puesto de moda por don Benjamín Vicuña Mackenna; lo siguieron muchos otros, entre ellos Rodó, don Marcial Martínez Cuadros, don Javier Vial Solar, etc. La continuadora era misiá Delia.

Por esa época la Marta Petit de Huneeus, esperaba el fruto de su matrimonio con Jorge y juraba que por ningún motivo sería una mamá chocha. Sin embargo, cuando llegó a este mundo la Martita, luego actriz del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, su madre, al oír los primeros vagidos de la criatura no pudo dominar sus instintos maternos y dijo:

"¡Qué lindo tono de voz para llorar!"

## LA SOCIEDAD BACH

Ya hacía tiempo que Domingo Santa Cruz había organizado la Sociedad Bach, de golpe y porrazo llena de gente. Pero luego el coro fué seleccionado. Domingo no tenía maneras muy suaves y entendía hacer las cosas en serio. Impuso desde el primer momento férrea disciplina y con tesón tal que se puede decir que a él se debe el gran progreso alcanzado por la música en Chile. Heroicamente mantenía un local; heroicamente se presentaría vestido de jaquet, frente a su inmenso coro, ante dos escasas filas de espectadores en la platea. Lo haría regularmente, sin importarle nada, hasta imponer el buen gusto musical.

Los socios eran muchísimos: los Echeñique, Sergio Larraín, las Petit, las Huneeus, los y las Canales, los y las Humeres Solar, la Filomena Salas, etc.

Carlos Humeres sacó una efímera revista y el que escribe se dedicaba a llevar parrifitos para los diarios.

La Sociedad Bach, como todo, terminó un día y luego se formarían los Amigos del Arte, que no caben en esta crónica.

Los músicos de entonces no miraban con exceso de simpatía a la Sociedad Bach que imponía disciplina y mesura y solían decir que era una simple escuela de contrapunto.

## LAS CANALES

Las Canales eran tres que yo recuerde y tres los hombres. Vivían con la mamá, viuda desde hacía tiempo, una tía anciana, y muchos canarios. El mayor, cuando yo llegué a la casa, no era ya de este mundo.

La importante de la familia era la Marta, eximia violinista. La María y la Luchita tocaban el piano y el arpa respectivamente. Ricardo era dentista, cantaba en los coros Bach y Alfonso estaba haciendo la guardia, lo que le molestaba mucho.

La Marta había dado conciertos con gran éxito. La casa era muy visitada por el Nuncio que se interesaba por propagar en Chile

el canto gregoriano y por numerosos curas.

Las Canales eran santas personas. Fuera de la música lo demás no les interesaba mayormente. Recibían en su casa a quien quisiera llegar, siempre cordiales y dignas. Jamás asomó a sus labios ni la pedantería ni la maledicencia. Eran un verdadero oasis en medio de la agitada vida que llevábamos los jóvenes con pretensiones de intelectuales.

## EL DIARIO ILUSTRADO

*El Diario Ilustrado* no entraba entonces en la pelea de los dos grandes que eran *El Mercurio* y *La Nación*. Estos dos corrían mano a mano, lo mismo que sus vespertinos *Las Últimas Noticias* y *Los Tiempos*. Sin tanto tiraje y con menos aviso, no por ello tenía desventaja alguna en cuanto a la calidad humana de su personal.

Fundado por mi tío Ricardo Salas Edwards, era en los momentos a que me refiero, director don Rafael Luis Gumucio y subdirector don Luis A. Silva Silva. Se sostenía por la época que no podía haber un diario sin tres Silva. Aquí había aparte del nombrado, don Alejandro Silva de la Fuente y don Nathanael Yáñez Silva.

Jenaro Prieto con pseudónimo de "P", Jorge Sanhueza Donoso, llamado *El Pichiruche*, hombre que por hacer demasiadas cosas distintas no alcanzó el lucimiento que merecía, en su pseudónimo "W". Ismael Edwards Matte, que parafraseaba *El hombre mediocre* de José Ingenieros, Conrado Ríos, redactor de *La Nación* escribía bajo la firma de Víctor Morla en el diario católico, había atacado violenta y graciosamente al gobierno. Coke con sus extraordinarias caricaturas.

*El Diario Ilustrado* tenía un tono batallador, al que por cierto no era ajeno "el cojo Gumucio" que lo dirigía. En la sala del director había un crucifijo y sobre su mesa dos paquetes de caramelos, uno de anís y otro de manzanilla, tradición que se mantuvo años y que todos se disputaban el privilegio de traer.

Pero Ismael con su capa española y los demás nombrados, eran más políticos que literatos.

Nosotros de preferencia pasábamos a conversar con Jenaro Prieto y con Coke cuyos espíritus juveniles estaban más a nuestra altura; con Latcham y Vega a quienes encontramos en todas partes y que nos invitaban vino sin hacerse nada de rogar.

Por esos años existía en el ambiente una niña de muy rancio abolengo y gran admiradora de Berta Singerman, hasta el punto de tener en su casa ropajes parecidos a los que ésta usaba en escena y se los ponía para recitarle versos a quienes la visitaban. El tanto recitar versos ajenos la llevó a hacer propios y terminó editando un librito. Su padre, un caballero muy simpático, se encargó de difundir la publicación y pagó con libros el almacén, las pilseners, los tragos y hasta el sastre. Latcham y Vega comentaban el hecho con gracia y muy en secreto: "Miren a ese caballero que anda vendiendo versos como si fueran huevos". La niña no ha vuelto a reincidir en ninguna publicación.

Pero donde más íbamos era a la oficina de don Nathanael. Este caballero ya en esos años tenía el pelo y los bigotes blancos y su "ceceo" para hablar. No era "el ceceo" de humedecerse los labios con la lengua de don Juan Agustín. Se lo producía su nerviosidad. Era como un ligero tartamudear antes de comenzar cada frase. Pontificaba como amo absoluto en la crítica teatral y poco después se vería muy competido por Aníbal Jara, quien había descubierto un gran dibujante, Toro, quien hacía en tinta unos hermosos dibujos que parecían hierros forjados. Fué toda una revelación. He dicho que en esa época se inventaba un pretendido estilo colonial, padre de muchos horrores, y los hierros forjados eran la última moda. Don Nathanael no dejaba de decir: "Este Jaraa ha deescubierto ssss'a Toro... Yo descubrí a Valenzuela Puelma..." (Toro siguió por largos años en *La Nación* y luego se perdió en la noche del olvido, como tantos otros valores. Su obra más acabada fué un

hermoso Cristo, que se publicó a toda página).

Don Nathanael hablaba de todo y era interesante oírlo. No le faltaba algún ribete pintoresco. Un día lo felicitamos por un elegante terno nuevo, cosa inútil porque desde que nació hasta hoy día es un hombre impecable en su elegancia y muy pulcro en su aseo. Nos dijo: "S'es el s'cuerpo..."

Flores y Frontaura en el teatro Comedia hacían serios esfuerzos por presentar buen teatro. Don Nathanael no había sido muy considerado en sus juicios con un actor secundario de la compañía. Este decidió castigarlo físicamente, lo que ni aún podía excusarse por su mucha juventud. Se envalentonó con unos tragos en un bar vecino y se acercó retador a don Nathanael que estaba de pie en las gradas que separan el foyer del recinto. La empresa del muchacho era más que arriesgada. Don Nathanael, hombre, muy hombre y valiente, repelió el ataque con un fuerte golpe que dió por tierra con el joven partiquino, quien para amortiguar la caída se agarró de las alas del tongo de don Nathanael, arrancándose las y dejándolo con una especie de fez en la cabeza. En tal catadura, el famoso crítico dijo con mucha oportunidad: "S'hasta cuándo me van a tomar por cabeza de turco".

La crítica musical pasó de las antiguas manos de don Santiago Cruz Guzmán, famoso arquitecto inventor del estilo Silo, del estilo Termómetro y del estilo ropero de tres cuerpos y que acostumbraba ofrecer a las niñas pastillas de salón para el aliento, a otras juveniles y más técnicas. La Adriana Aldunate Calvo inauguraba la primera página de modas que existió en un diario de gran tiraje (eran tres hermanas, la nombrada, más la María y la Lucía). La porfía de Domingo Santa Cruz comenzaba a dar sus frutos. La crítica musical, de una modalidad de mera impresión pasaba a ser algo científico

El tono del diario era tan simpático que concurrían señoras, jóvenes y niñas. Una vez, en el hall de lo que ahora es la Intendencia,

se dió un baile de disfraces en honor de Jenaro Prieto, quien apareció caracterizado de Felipe II, tal vez para aprovechar sus barbas.

Fué la época de sus libros: *Pluma en ristre*, *Un muerto de mal criterio*, *El socio*, en la confección de los cuales le servía con toda humildad de amanuense su hermano Eugenio, infatigable copiadador a máquina.

#### EL MERCURIO

El director de *El Mercurio* era don Carlos Silva Vildósola, un hombre extraordinariamente inteligente y cordial, que fumaba pipa, a lo Sherlock Holmes, según el mismo afirmaba, y cuya agudeza igualaba por lo menos.

Había aquí también tertulia por las noches, pero los muchachos no íbamos. El que escribe solía concurrir, acompañando a su padre.

En los agitados tiempos de censuras de prensa, intranquilidades y demases oí a don Clemente Díaz León, mucho más tarde sucesor de don Carlos Silva, decir: "Mañana *El Mercurio* saldrá con tantas páginas como sea necesario para cumplir con los avisos". Era todo un programa.

A don Carlos le oí decir, refiriéndose a La Moneda: "Casa con dos puertas, mala es de guardar". Tal vez sea por esto que ahora tiene seis. O bien, podemos ver en ello un símbolo del avance de la tranquilidad institucional del país.

Mucho más al alcance de nuestra mano estaba Armando Donoso, el autor de *Nuestros poetas*, casado con la distinguida poetisa María Monvel. Esta tuvo la humorada, junto con Marta Brunet, de dar una tarde una fiestecita en un diminuto departamento del edificio que en Catedral frente al Congreso, había construído don Antonio Huneeus Gana a su vuelta de Europa. La gente no cabía en las dos o tres piezas, atestadas además con un piano. En la tarjeta invitación se leía: "María Monvel y Marta Brunet invitan a Ud. a la inauguración de su garçoniere... el día tanto a tal hora, etc."

En verdad era la casa de Marta Brunet y la cosa no pasaba de ser una broma.

También Roberto Aldunate, entonces a cargo de la sección cines; Daniel de la Vega, de aire bohemio y algo taciturno, que hablaba poco, pero escribía tan bien que nosotros comprábamos a diario *Las Últimas Noticias* sólo por leer sus notas.

El hombre importante de la tertulia mercurial era el sacerdote francés don Emilio Vaisse, quien firmaba Omer Emeth. Sabía mucho. De todo y de un cuanto hay. Despotricaba en contra de la literatura de vanguardia y también de la Real Academia Española. Sostenía que ésta estaba formada por generales, almirantes retirados, obispos, escritores o políticos y que muy raras veces había quien hubiera estudiado filología y semántica como él. Luego, su autoridad era más que discutible. Tal opinión se grabó en mi memoria y muchos años más tarde me permitió ganar un juicio haciendo ver que la Academia se había equivocado sobre la etimología de la palabra "pornografía". Yo gané mi juicio, con mi lexicón griego en la mano y el error sigue apareciendo en las sucesivas ediciones del sacrosanto diccionario. En cierta ocasión daba el santo varón una conferencia en la cual la poesía modernista quedaba hecha piezas. Aprovechándose de su fuego y de su furia, un muchacho gritó preguntando por la calidad de los versos siguientes:

"Eres huerto cerrado

Fuente sellada

Tus pechos como dos palomas..."

Don Emilio declaró, en un *lapsus* muy explicable que eso era un absurdo. El estudiante le recordó que tales versos se encontraban no solo en *El cantar de los cantares*, que es de Salomón, sino también en los *Diálogos del alma y su esposo*, que son de San Juan de la Cruz o de ambos. Cito esto para demostrar en qué ambiente de tolerancia y de libertad se desarrollaba en Santiago la milenaria querrela de los antiguos y de los

modernos. Para el culto don Emilio, maestro de muchos, el incidente carecía de importancia. Por último, nadie, aunque sea cura, tiene por qué saberse la Biblia de memoria, aún cuando, así como no hay filósofos que no conozcan a los griegos, no hay poetas que no hayan leído la obra de Esdras, tantas veces revisada y arreglada, y según humorística opinión del filósofo José Ferrater Mora, escrita por unos alemanes en el siglo XVIII.

La pintoresca figura de la tertulia de *El Mercurio* era don Salvatore Nicossia, ni comía, ni bebía, ni vestía, como le decía mi padre. Un italiano simpático y parlanchinero. Ya tenía todo el pelo y la barba y bigotes blancos, el cutis atezado, corbatas muy vistosas, ternos de colores inverosímiles y, para hacer juego a la cabeza con los pies, infaltables polainas blancas. Creo que había llegado al país como agente de inmigración, pero muy pronto ancló en el periodismo. Dió a esta actividad un acelerado ritmo, pues, muy busquilla, se enteraba de todo. Los compañeros le gastaban bromas que tomaba con muy buen humor. El dibujante *Chao* no perdía ocasión de pintarle su fácil caricatura en las polainas en cuanto le encontraba "abstraído" trabajando. Según él, era el único que daba propina en el casino del diario lo que repetía cada vez, alargando a la empleada con gestos muníficos, una chaucha.

Parece que de joven fué anarquista, carbonario o algo por el estilo. Contaba muchas anécdotas, todas las cuales tenían el mismo fin, tal como en el cuento infantil de *La espada con Cacha de Oro*. Este fin uniforme era que "due carabinieri" lo habían llevado preso por gritar que el rey era un imbécil. De creerle, cierto oficial de caballería lo había retado a duelo a sable, por ofensas al ultrajado honor del monarca. Los padrinos de don Salvatore obtuvieron, como máxima concesión que el duelo fuera a primera sangre y no a muerte, duelo que más parecía un asesinato concertado. Nicossia, pro-

rumpiendo en terribles alaridos de combate y con muchos gestos, explicaba cómo había sacado un dedo de la cazoleta y lo había ensartado en el sable del energúmeno, librándose a poca costa de la muerte y con el honor muy en alto.

Fué don Salvatore una figura muy popular de su tiempo y los que tuvimos el agrado de conocerlo guardamos un inolvidable recuerdo de su simpatía y su talento.

## LA NACIÓN

*La Nación* y *Los Tiempos* eran de don Eleodoro Yáñez. Yo lo conocí poco. Fué un hombre de talento indiscutible. De corta estatura, calvo, de tipo rubio y ojos claros, tenía agradables maneras. Recuerdo una vez haberlo oído preguntar con insistencia a uno de sus sobrinos su opinión sobre temas de palpitante actualidad. Como el sobrino objetara que, siendo don Eleodoro un hombre de tan reconocido talento y experiencia, mal podría interesarle la opinión de un muchacho, le dijo: "No es que me importe. Es para calarte "tonto".

Desde hacía ya mucho tiempo Joaquín Edwards Bello tenía sus infaltables y muy amenos "jueves". Escribían Víctor Noir, Conrado Ríos, misiá Inés Echeverría, Roxane. El crítico de arte era el negro Jara (o sea Aníbal) quien había descubierto varios valores jóvenes. El de literatura, *Alone*, o sea Hernán Díaz Arrieta, considerado como el pontífice máximo de las letras y muy acogedor con la juventud.

Don Eleodoro, durante la guerra 1914-1918, había descubierto el talento de un joven que traducía cables, Carlos Dávila Espinoza. No hay duda que sabía calar a la gente.

No sé más de *La Nación* de esos tiempos, no me atrevía a meterme en su tertulia. Tenía la idea jay, cuán desvanecida después! de que los que escriben en los diarios son unos titanes.

## MISIÁ MARTINA

Misiá Martina Barros de Orrego era la señora del doctor don Augusto Orrego Lugo, uno de los hombres más talentosos de su época. Se aseguraba que fué el primero en hacer curas de mentalismo y por hipnotismo. Ello daba a su casa un aire de misterio. Vivía en la calle Catedral 1350. Al frente vivía otro gran médico, el doctor don Carlos Ibar, fundador del Instituto Médico Legal, que hoy lleva su nombre.

La casa del doctor Orrego, que además de médico era político y notable orador, era donde más en libertad estaban los jóvenes para conversar. El no se metía para nada con nosotros. No nos tomaba en cuenta más que para preguntarnos por nuestros padres. La fachada estaba pintada en un sobrio color verde oscuro. Hoy día, es un surtido de ordinaria pintura de chocantes colores. Pero el salón está intacto.

La tertulia era muy agradable ya que a ella asistían los dueños de casa entre los que las encantadoras niñas Marta y María Rodríguez Orrego. La María se metió a monja un tiempo después y la Marta se dedicó a ser una competente funcionaria y directora de obras de caridad. Recuerdo con cariño a *estos seres* llenos de simpatía y talento.

Asistían muchas veces los hijos de doña Martina: misiá María Orrego de Rodríguez, Alvaro, Carlos, Antonio y Hernán y su simpática mujer la Carolina Cifuentes.

Carlos tenía una patilla colorina que hizo decir a algún chistoso que usaba un ladrillo colgado de la pera.

Antonio era taquígrafo del Senado, poeta, orador, un hombre muy amable y sencillo, padre de una linda muchacha, la Luz, que después se casó con el abogado y político Pablo Larraín Tejada.

A veces Carlos bailaba con su hermana antiguos valeses, de esos en que las parejas apenas mantenían muy discreto contacto con las manos, muy distintos a los muy apretados tangos y movedizos charlestons que bailábamos nosotros con nuestros pantalones

oxford, exprimiendo a nuestras compañeras de falda arriba de la rodilla y melenita a lo Buchanan. Hago aquí el recuerdo de que en Santiago así se llamaba el corte de pelo a "la garzona", salido más de la guerra 1914-1918, que de la novela de Víctor Margeritte. Tan en boga se puso tal nombre que las elegantes y ricas Hellen y Jean Buchanan Valdés, introductoras en Chile de esta moda, vieron, no sin sorpresa, en una peluquería de mala muerte, en el camino de Viña a Valparaíso un letrado que decía: "Peladas a lo Buchanan a cuarenta cobres", lo que no dejaba de contrastar con el suntuoso baile que habían dado para su estreno en sociedad a la vuelta de Europa, de donde venían muy elegantes.

A esta tertulia asistían el Lele Huneus Lavín, desaparecido prematuramente; Joaquín Díaz Garcés, de talento múltiple; Manuel Eduardo Hubner que hablaba mucho del humorismo de Dickens; Ricardo Latcham, Manuel Vega, Carlucho Ibar. No podemos olvidar a don Pancho Echenique administrador de la Casa de Orates, cargo que desempeñaba *ad honorem*; don Alberto González Echenique, que escribió montones de artículos en contra de la masonería y el magistrado Ahumada, personaje curioso, dado al ocultismo y que usaba un anillo astrológico, el que habla y muchísimos más.

Se hablaba de todo.

A las doce, las simpáticas chiquillas traían té y bizcochuelos.

En la pieza del lado misiá Martina que fué la primera señora chilena que usó bastón, discutía acaloradamente con don Juan Agustín Barriga.

De repente se oía un grito: "No Juan Agustín" y un grueso infolio caía por tierra bruscamente. La réplica inmediata de "Sí, Martina", y caía otro voluminoso diccionario. Y así seguían noche tras noche. Tema de tan acalorado debate era si Shakespeare era verdadero autor de sus obras o si éstas debían ser atribuidas a Bacon u otro.

Como a la una era la hora de irse y todos salíamos escoltando a don Juan Agustín y

luego de despedirnos de misiá Martina, muy buena amiga, pero demasiado inteligente y culta como para alternar con jóvenes pelafustanes como el autor de esta crónica.

Por largos años los hijos no vendieron la casa. Les sonaba a sacrilegio que alguien volviera a habitar los lares del doctor Orrego y misiá Martina. Por fin, alguien la compró con el compromiso de demolerla. Pero por una razón u otra la casa sigue en pie. Está pintada de colores imposibles, los mármoles del zaguán han desaparecido. El salón de la tertulia chica, sin los muebles y la alfombra, conserva aún sus nobles colores. Es asilo de una Asociación de Periodistas. Pero la salita chica donde misiá Martina era la indiscutible reina está convertida en una cantina. El casto e intelectual té con limón, los bizcochuelos hechos en casa según recetas centenarias en la familia, han sido reemplazados por licores ordinarios, vino suelto y "sánguches" de malaya, pernil y arrollado. El fantasma de las doctas discusiones ha sido ahuyentado por los chistes fáciles y las estridencias del cacho y del dominó. Es toda una profanación de los santos lugares.

### RENGIFO

Pero la tertulia de las tertulias era la de Javier Rengifo en su casa de la calle Compañía entre Almirante Barroso y Cienfuegos.

Javier se había destacado desde muy joven como compositor y director de orquesta. Su *Tango triste* daba la vuelta al mundo, tenía estudios en Bruselas, donde lo había ayudado mucho don Jorge Huneeus Gana, a la sazón Ministro de Chile en Bélgica.

¿Qué edad tendría? Nosotros lo llamábamos el "Viejo", pero estaría vivo aún muchos años. Pertenece a la Sociedad de Autores y Compositores Europeos donde estaba inscrito con el pseudónimo: "Forangie". La situación económica no era brillante, cosa que a él le interesaba poco o no le impedía invitar a numerosos amigos. Siempre había gente en su casa y tenían una enorme paciencia para recibir. Este "tenían" merece

una explicación. Javier era viudo de la distinguida dama misiá Adelaida Cood. Esta señora había sido casada en primeras nupcias con el eminente político don Adolfo Guerrero. Javier vivía con su hijastro, Adolfo Guerrero Cood, alumno premiado de la Academia Real de Bruselas. En la casa vivía además una anciana, cuñada de Javier, y una antigua servidora-amiga española, la Conchita, ya de muchos años, también un hermano de Javier, cuyo nombre no recuerdo, campeón de ajedrez, aficionado a tomar baños turcos y hombre que había conocido tiempos de esplendor y era refinado *gourmet*. El fué que me enseñó a tomar agua "golpeada".

En el patio interior había gallinas, pavos, patos y gallinetas. De uno de los barrotes del catre de Javier colgaba un canario de celuloide.

Para qué decir que la puerta de calle permanecía siempre abierta, a la hora que fuera. Se entraba por un angosto pasillo, el que desembocaba en un jardincito con un banco y un árbol.

Pero no era aquí donde se vivía. La casa carecía de importancia, salvo el salón gótico que antes fué sin duda comedor. Este salón construido por un antepasado de talento no menos original, o tal vez por otro hermano del dueño de casa, un anciano que pintaba frescos, Velásquez, Rafael, Grecos y lo que le pidieran y se burlaba alegremente de la gente, este salón reposaba sobre ruedas y éstas, sobre rieles. Con una yunta de bueyes se podía hacerlo girar para que siguiera la marcha del sol, pero, no se había dejado sitio para que éstos maniobraran. Por otra parte, la precaución era bastante inútil puesto que tenía ventanales por todas partes y se llenaba tanto de sol como de frío, según el tiempo.

Al fondo había una mesa enorme, pues no vayan a creer que era un recinto pequeño como una *roulette* de gitanos. Tendría fácilmente quince metros de largo por diez de ancho. Asientos cómodos en todas partes. El piano de Javier, que funcionaba sobre to-

do al ritmo de Wagner. En una de las paredes, sobre rica tela, la mascarilla fúnebre de misiá Adelaida junto a un rosario, un Cristo español bastante siniestro y, modelada en yeso blanco, la linda mano de la difunta dama.

Tanto Javier como Adolfito vestían de riguroso luto y usaban unos sombreros peludos, comprados en Europa, que recordaban vagamente los de los cuadros flamencos del Renacimiento. Hablaban muy poco de sus personas, pues eran, a pesar de sus éxitos, del uno en música y del otro en pintura, gentes de gran modestia, más amigos de escuchar que de hacerse oír.

En una sala contigua estaban los dibujos de Adolfo, todos al lápiz. En el salón gótico sus cuadros al óleo. Los presentó al Salón Oficial y el jurado los dejó fuera declarando que no podía un artista tan joven hacer un trabajo tan excelente. Alguno dijo que Adolfo, joven rico (dado el estado de las finanzas de la casa esto era más sarcasmo que ironía), había comprado en Europa dichas telas que tal vez fueran de Goya. Adolfo, muy orgulloso repetía el propósito. Y el pícaro de Carlucho Ibar lo imitaba: "Dicen que mis cuadros son de Moya..."

Se siguió una polémica de prensa en la que Conrado Ríos Gallardo, sobrino de Javier Rengifo Gallardo, los ayudó mucho. Con carta de gentes de Bruselas, fotos de los objetos que habían servido de modelo a las naturalezas muertas, y, volviendo a pintar, a la vista de todos, con igual maestría, Adolfo salió triunfante de la prueba.

Era muy común que nos invitaran vino caliente por la noche o ponche en el verano y también preparábamos bisteques a la hambrienta hora que son siempre las dos o tres de la mañana.

Contertulios habituales eran Alfonso Leng, tan buen dentista como músico y hombre de enorme tolerancia y bondad; don Celerino Pereira, algo parecido al personaje *Punch* en sus últimos años, autor de muchas misas que se habían tocado en la Catedral; Próspero Bisquert, compositor también

y director de orquesta; Alejandro Rengifo Reyes, diputado y periodista que ya había inmortalizado a Hilarión Segundo Rojas; Hernán Díaz Arrieta; Sady Zañartu, *La sombra del Corregidor* y su mujer, la movediza Camilita Bari, que solía dar algunos recitales de canto y baile; Carlitos Vattier, eterno recitador de *El aguilucho de las alas rotas*; Hernán Orrego Barros y la Carolina Cifuentes, quien tocaba en la guitarra cosas chilenas; el maestro Allende; Pancho Huneeus Salas, con su recién estrenada película *Luz y Sombra*; Alfonso Sutil Prieto y la Lucha Larrázaval de Sutil, hija de don Marcelino y redactora de *Vida Social* y de los *Consejos de la Condesa Ivonne*; Carlucho Ibar Huneeus; las simpáticas Rodríguez Orrego; las Huneeus Valdés, la Isidora Tupper; los y las Huneeus Lavín, las Petit, etc., y cuanta persona importante para las letras o las artes llegara al país.

El dinero que se gastaba tenía un muy noble origen: el trabajo. Javier era incansable; dirigía la orquesta de socios del Club de la Unión y además era crítico musical de *La Nación* y editaba sus composiciones que se vendían muy bien. Adolfito dibujaba para *Zig-Zag*.

El centro de todo era Javier, por quien sentíamos la más viva simpatía. Su música ponía a todo el mundo en movimiento, tal como su conversación. Nunca faltaba en sus labios una reflexión oportuna ni una frase de aliento para los jóvenes.

En esta tertulia cada cual, con la mayor independencia, explayaba su talento. Se tocaba, se cantaba, se bailaba, se recitaban versos, se leían originales, se comentaban libros y se mostraban obras de arte. La calidad de las producciones era muy diversa. Aquí no hubo nunca sitio para la descortesía. La peor ramplonería pasaba, sin burla alguna, lo que impedía que se diera a las cosas de valer su justo lugar.

Cuando venía la Opera o alguna compañía de teatro o cualquier persona que algo significara, había fiesta donde Javier y el sa-

lón gótico de la casa de la calle Compañía se hacía más acogedor que nunca.

El viejo Javier realizaba el milagro de la multiplicación del tiempo.

#### LA CASA DEL DOCTOR IBAR

Carlucho Ibar tenía revolucionada a la ciudad con sus imitaciones y sería muy injusto omitir su casa.

Su padre era el doctor don Carlos Ibar, uno de los seres más bondadosos que me ha tocado la suerte de conocer. De ascendencia alemana, con estudios en Berlín, entonces capital mundial de la medicina para los chilenos. Médico de la más alta aristocracia, se había casado con doña Oriana Huneeus Gana, hija de don Jorge, el famoso comentarista de la Constitución de 1833 y tuvo con ella dos hijos, Carlos y la Domitila, a quien todas llamaban la Titila. Carlos es hoy día cura párroco de Los Andes.

El doctor, con grandes esfuerzos y luchando solo como un titán de leyenda, había conseguido, hasta con sacrificio pecuniario personal, organizar el Instituto Médico Legal que hoy con tanta justicia lleva su nombre.

Fuera de su trabajo de médico funcionario atendía numerosa clientela y tenía un prehistórico aparato de Rayos X que llenaba toda una gran estancia y, a la manera de los médicos ingleses, también un laboratorio, pues muchas veces preparaba él mismo los remedios que recetaba.

Como muchos sabios, era encantadoramente distraído. Tenía el cabello negro y el bigote blanco. En su sala de tocador había un frasco de tinta con una etiqueta en francés con un patilludo caballero, lo que explicaba el por qué, dado que don Carlos se levantaba al alba, sin encender la luz por no despertar a su esposa, unas veces un lado de su bigote fuera cano y otras el otro.

En su comedor, y de paso anoto que como hombre corpulento tenía buen apetito y su señora le daba un gran sandwich de aperitivo, había un bronce sobre terciopelo

que representaba *Le copu de Jarnac*. Bronce atroz para nuestro gusto, pero muy de moda en la época de su matrimonio. Todas las veces que yo entré a ese comedor, más de mil, don Carlos me explicaba el significado del cuadro y todas las veces escuché la historia con el mismo afecto y siempre entretenido, si no con la novedad, por lo menos con la distracción del doctor. Se aseguraba, y sin duda era verdad, que un día se asomó a una ventanilla del correo y ante las estupefactas funcionarias, dijo: "Díganle a la Oriana que sirva el almuerzo".

Su cuñada, la simpática misiá Sara Huneeus de Tupper, le hizo servir durante un almuerzo un plato de charquicán tras otro. Como al quinto don Carlos protestó: "Parece que de esto yo ya comí".

Por esa época de creación de Cajas le pagaron a don Carlos una gruesa suma. Desde luego, le hizo un suntuoso regalo a misiá Oriana, otro a la Titila y pagó algunas cuentas de Carlucho. La empleada doméstica fué magníficamente gratificada. Terminado el almuerzo, Carlucho me dijo que su señor padre deseaba hablar a solas conmigo en el escritorio. Lo primero que se me ocurrió era que el doctor informado de mi afición al alcohol y a las niñas iba a reprenderme y no sin temblor entré en ese recinto de la ciencia, uno de cuyos muros era una colosal biblioteca médica y donde había, en fondo negro, rodeado de una corona de flores artificiales, un retrato de sus padres desaparecidos de este mundo desde hacía ya muchos años.

Don Carlos, muy alto (¡cuán alto me pareció en ese momento!) me habló con paternal bondad y luego de extenderse en una serie de consideraciones sobre lo poco que yo ganaba, los gastos naturales de los jóvenes, etc., comenzó ofreciéndome que le aceptara un préstamo de cinco mil pesos. Como yo me negara rotundamente y le hiciera ver que yo tenía dos casas con comida, la suya y la de mis padres y un sueldo de \$ 500 con 25% de gratificación en la Caja de Crédito Hipotecario, lo que en esos años era muy

buena plata, siguió insistiendo sin creerme. Y terminó suplicándome que siquiera y por hacerle un favor personal a él, le aceptara unos mil pesos, asegurándome que podría pagárselos cuando buenamente quisiera. Sólo cedió en su insistencia y con un respiro doloroso, cuando le expresé que si alguna vez necesitaba algo, tenía la costumbre de pedirle hasta cien pesos prestados a Carlucho, lo que bastaba y sobraba para atender mis más grandes apuros y a quien, por otra parte, dada la amistad que tenía, para qué apurarme ni poco ni mucho en pagarle.

Don Carlos quedó sumido en sus meditaciones y me pidió que volviera a comer. Terminada la comida me invitó a acompañarlo a casa de su cuñado don Fernando de Vic Tupper Prieto, un caballero de patilla blanca, muy pulcro y distinguido de cuyas hijas e hijos era yo muy amigo. Acepté encantado ante la perspectiva de visitar a las niñas de noche, cosa no muy habitual en esa época. Por el camino fué el doctor diciéndome, mientras llegábamos a la casa de Rozas 1555: "Fernando debe estar algo atrasado porque está construyendo unas casas. No sé si le dije que he recibido unos dineros y me gustaría invertirlos ayudando a mis amigos". Le expliqué que no había tal. Que yo mismo, empleado de la Sección Transacciones de la Caja, había intervenido para acelerar las formalidades internas y que ya el buen caballero tenía en su bolsillo la platita de un préstamo de edificación. Don Carlos se encerró a conversar en el escritorio con su cuñado, hombre de fortuna, por muchos años Secretario del Senado y cuya bondad tuve muchas veces lugar de admirar y agradecer, y yo me fuí a conversar con la juventud. Pasado largo rato, don Carlos disculpándose por la interrupción, me pidió que de nuevo lo acompañara a su casa. A la salida tuvo un nuevo suspiro doloroso: "Ud., no sabe, joven amigo, cuánto cuesta ayudar a la gente. ¡Nadie quiere recibirme mi plata!"

De día, el escritorio del doctor era un santuario de la ciencia.

De noche, el mismo decorado era sede de

una tertulia de muchachos y muchachas que bebíamos y charlábamos, metíamos el ruido que se nos antojara porque este cuarto quedaba muy separado de los dormitorios.

El Instituto Médico Legal, con todo su pomposo nombre y el laboratorio del doctor con su toda su ciencia, eran puestos a contribución de nuestras travesuras. Organizábamos sesiones de espiritismo que helaban de espanto a nuestros amigos. Con tretas varias hacíamos brincar mesitas; con ayuda de hilos negros, caían ruidosamente al suelo los libros de los anaqueles de la biblioteca y se movían jarrones, mesas y otros objetos. Pero donde el terror llegaba al límite era cuando hacíamos aparecer calaveras y manos de esqueletos, pintados con fósforo.

Allí se ensayó *La cena de los cardenales* que dieran Carlucho o Pancho Flores y Joaquito Díaz, y también *Más fuerte que el amor* que no se representó nunca que yo sepa.

## NUEVA YORK

Me tocó ¡ay!, a mí también la hora de partir.

Mi padre estaba en los Estados Unidos, donde don Miguel Cruchaga le había conseguido un importante cargo y donde atendió consultas jurídicas de varias embajadas.

Yo fuí a Nueva York a estudiar a la Universidad de Columbia y a trabajar al Anglo South American Trust.

En el Banco trabajé con desgano y a la Universidad fuí tan sólo a matricularme.

Sabía que estaría poco tiempo y que no valía la pena abocarse a ningún estudio serio y mi matrícula obedeció a dos motivos: satisfacer a mis padres que mal podían vigilarme de Wáshington D. C., y obtener las franquicias de los estudiantes, entre las cuales era muy importante vivir en la International House, donde se encontraban muchos estudiantes franceses y latinoamericanos, entre los cuales las chilenas María Marchant, luego casada con mi querido amigo José Santos González Vera, y la Irma Salas, cu-

yo padre era íntimo del mío y que fué para mí muy bondadosa.

Pero no era esto lo que más me entretenía en Nueva York.

En Chile a los grandes artistas se les castiga haciéndoles cónsules. En el consulado de Chile en Nueva York estaba sufriendo su pena de varios años y un día Acario Cotapos, por el delito de componer música original.

Se decía que a cada chileno que llegaba a Nueva York le entregaban en el consulado, como obsequio de la patria, un níquel (moneda de cinco centavos) perforado y amarrado a un cordelito. Este servía para pagar el *subway*, el teléfono y comer gratis en los automáticos, con sólo introducir la moneda y luego retirarla. Se decía, pero no era cierto.

En cambio, sí era verdad la existencia de Acario Cotapos que, con sabios consejos y habituado a vivir de escasas rentas, daba precisas indicaciones para subsistir sin gastar mucho. Era él, el verdadero níquel con cordelito.

La primera vez que fuí al consulado a buscar cartas me atendieron entre todos, el cónsul Munizaga, el señor Lee y Acario. El hecho de ser yo hijo de un deportado, en esos caballerosos tiempos, era un imperativo para que los funcionarios del gobierno lo atendieran a uno de preferencia.

Pero de quien me hice verdaderamente amigo y hasta hoy, en todos los países y circunstancias, fué de Acario. Me oyó hablar, al imponerse que me las daba de poeta y conocía a gran parte de sus amigos, ya nuestras charlas no tuvieron fin.

Casi todos los días nos juntábamos a almorzar y a él le debo conocer la comida de todo el mundo. Ibamos un día a un restaurante sueco; al siguiente a uno sirio; luego al armenio, al mexicano, al chino, etc. En fin, todos los sesenta días que pasé en Nueva York conocí distintas comidas del mundo entero, según sus recetas originales.

Un día apareció a buscarme al Banco Vicente Huidobro. El tenía su cuenta ahí y por el gerente se notició de mi existencia.

Mi prima Raquel González Balmaceda era casada con su hermano, pero, nosotros no nos conocíamos personalmente. Me invitó a comer para esa noche, indicándome que llegara temprano para conversar.

En cuanto salí del Banco fuí a la peluquería, a lustrarme los zapatos, y luego corrí a casa de Vicente. Quiero suponer que la *mise en scene* estaba preparada de antemano. Al fondo, una gran mesa y a ella sentados un grupo de media docena de personas trabajando. El uno dibujaba, el otro leía, otro escribía, otro pensaba, otro pintaba, otro miraba filosóficamente al techo. Vicente me los presentó con títulos rimbombantes, realzando sus calidades y cualidades. Todos eran unos genios.

Luego dió cuerda a un gramófono y solo, en mangas de camisa, en medio de la sala, comenzó a bailar un agitado charlestón, mientras me explicaba que lo hacía por prescripción médica. El doctor le había dado a elegir entre la gimnasia sueca, el charlestón y la muerte. El se había decidido alegremente por el charlestón. Así siguió bailando una buena media hora, mientras contaba que había ganado el primer premio en el concurso mundial de tal baile en Nueva York. En cuanto dió por terminada la receta del facultativo yo, tímidamente, le alargué en un cuadernito mis versos. Seguramente para no darse la lata, me dijo que prefería leer él y pasó una mirada distraída sobre mis cuartillas. Luego se irguió como un pontífice y declaró: "Ud. será porque es", pero omitiendo decir qué es lo que yo era o sería, con bien calculada prudencia.

Con ritmo sinóptico tomó ejemplares de sus libros en francés y en castellano, de los que tenía varias pilas y me los regaló todos con extrañas dedicatorias: 1) Al que será porque es; 2) Como una lluvia de hojas amarillas; 3) *L'Áme de Zula parfume le ciel, comme un oiseau au un arc en ciel*; 4) etc.; 5) etc. No los guardo. Lo siento mucho porque soy unos de sus más decididos admiradores, pero, en alguna parte se me perdieron o me los robaron.

Luego se enfrascó en una larga disertación sobre literatura y su objeto, la que lamentablemente no recuerdo sino en parte. Sostuvo que se hacía belleza contraponiendo objetos hermosos a objetos feos y que la literatura era un oficio que se adquiría con la práctica.

Seguramente tenía razón. Si mis cuartillas contenían tal vez puras tonterías, seguramente podría recordarle que era suyo el verso:

“¿Quién es ese viejito que apenas se mueve?  
Es un veterano del setenta y nueve”.

Y, sin embargo, era ahora un gran poeta.

Sin dejarme ni respirar, me contó que había obtenido el primer premio de novela cinematográfica con *Cagliostro*, libro que según supe yo, escribió muchos años después. No importa, si no se autoriza cierta fantasía a los poetas, no se sabe qué sería de la fantasía ni para qué existe la imaginación. Agregó que tras la novela, los derechos de autor, la película, la transmisión por radio, etc., se iban encadenando muchos negocios... y... eso que aún no existían el cine sonoro ni la televisión.

Vicente esperaba seguramente que yo contara tales maravillas en la International House, cosa que hice por cierto, enviándole una nutrida clientela de admiradores, todos los cuales volvieron, lo mismo que yo, con libros con las mismas dedicatorias. Eramos una serie muy grande “los que seríamos porque éramos”, sin saber ni lo uno ni lo otro ni siquiera habernos atrevido a pensar en ello.

Terminadas todas estas peroratas, charlottes, y saltos mortales, invité a los seis genios presentes y al modesto redactor de esta crónica, a comer muy bien en un restaurante no muy caro de las vecindades. El se sirvió porciones dobles, explicando que sólo comía una vez cada día.

Cuando dispersó la tropa supe la causa

principal de su invitación. Había en Santiago mucha habladuría sobre él y naturalmente deseaba reportearme. Por desgracia para él no era yo persona de imponerme de tales cosas y en mi casa no se hacían jamás comentarios sociales ni mucho menos intencionados. Muy a mi pesar, no pude complacerlo.

Pocos días después volví a Chile por un tiempo.

#### EN PARÍS DE FRANCIA

En París me volví a topar con Acario y con Vicente, si bien sólo nos vimos rara vez.

Un día tuve el anuncio de la llegada de Latcham, que me pedía que le buscara alojamiento. Latcham era joven, apuesto, no muy rico. Le busqué, con toda buena intención alojamiento en un hotelito de Montparnasse, frecuentado principalmente por niñas débiles de carácter. Pronto encontró Ricardo muchas samaritanas felices de zurrarle los calcetines, pegarle los botones y hacerle la vida llevadera y fácil, mostrándole una faz bien parisina de la existencia. Muchas veces mi amigo me ha reprochado tal travesura, pero la sonrisa que se dibuja en sus labios y el aire evocador que trasciende de su mirada, me dan a comprender que la encontró de muy buen gusto y que me increpa sólo por mera fórmula.

Por otra parte, la colonia chilena era una lata. Todas las mañanas se juntaban a comentar en el Banco Anglo. Por la tarde, los ricos hacían lo mismo en el hotel Regina y los pobres, en el hotel Favart. Los hombres se ilusionaban con aventuras prefabricadas. Las señoras recorrían las tiendas y comían pasteles donde Roumpel Mayer y todos mariscos donde Prunier. A veces iban al teatro, sin entender nada porque el francés de colegio chileno es inexistente y los idiomas no se aprenden de un día para otro, o el trote largo, para poder decir, para dar fe, recorrían las salas de los museos.

Uno, el prototipo, venía recorriendo la maratón de los museos europeos y en una libreta llevaba un inventario de lo visto. Nada de complicaciones. Sólo tres eran sus objetivos: Cristos, Madonas y Descendimientos de la Cruz. Entonces: Madrid, Cristos 120, Madonas 75, Descendimientos 47; Roma: Cristos 2.794, Madonas 4.853, Descendimientos 931, etc.

Era la mentalidad media del turista nacional trasplantado a Europa.

En el París de aquella época, había, claro está, muchos otros chilenos interesantes, como Alessandri con su familia, don Manuel Amunátegui, Gustavo Ross, don Cucho Edwards, don Alberto Helfman, don Pedro Rivas Vicuña, Daniel Schweitzer, pero no caben en el rubro literatura y arte.

Una nube de artistas, Lucho Vargas Rozas, Carlos Morel, la Inés Puyó, Romano de Dominicis, etc. Pero sobre ellos, laboriosos estudiantes, no sabría qué contar. Apenas los vi. Yo estaba dedicado a recorrer museos con calma, esa calma del que sabe que se quedará largo tiempo, asistía a conferencias, leía, iba al teatro, entrevistaba celebridades como Clemenceau, Rostand, Paul Morand, Colette, Claude Farrere Foujita, Van Donghen, Paul Gerald, haciéndome pasar por periodista, representante de un imaginario diario de Buenos Aires. Es decir, intruseaba por todas partes y hacía algo de vida social entre la colonia sudamericana. Pero mi principal deporte era conocer franceses en su propio medio. Sólo esto daría para un largo volumen.

No omitiré por cierto a Perico Vergara Vicuña, mi amigo y pariente. Después de haber tratado de organizar la cacería de un viejo león de circo arestinamiento en los cerrillos de Reñaca, estaba en París simpático y fino como siempre. No llevaba precisamente la vida de un asceta y el médico le tenía recomendado que tomara clima de altura. Cumplía la orden haciéndose elevar durante el día en globo, donde dormía mecido por las brisas del cielo de París. De noche, ba-

jaba a Montmartre y Montparnasse, y no precisamente a rezar.

No creo que esto sea estrictamente verdad. Pero era el comentario de todo el mundo y, en todo caso, merece serlo para retratar de una pincelada a uno de los seres más originales y agradables que me ha tocado conocer.

#### LA VUELTA AL OLIMPO

De París pasé al Medio Oriente y tengo escritos en espera de editor, un centenar de cuentos.

Luego una permanencia en Lima y finalmente volví a Chile, ingresando al Ministerio de Relaciones Exteriores con mi *Raoul Genet* bajo el brazo y dispuesto a sacrificarme por la patria en el servicio diplomático.

En Atenas y Constantinopla había sido un técnico en intercambio de poblaciones. En Lima era el amanuense comercial de la embajada. Ya no escribía nunca sino informes, notas y oficios. Mi permanencia en la Cancillería no sería eterna. Mis comentarios enojaban a la gente y mis respuestas indignaban a los jefes. Todo ello me volcó en el periodismo al que me entrego con deleite desde hace muchos años. Pero, no quiero hablar de mí sino de los demás.

A mi vuelta, tantos años después, las tertulias de mi primera juventud ya no existían o yo no tenía interés alguno en frecuentarlas. No lo sé.

En mis maletas traía tan sólo dos regalos y los dos eran para el doctor Júpiter, don Víctor Barros Borgoño. Uno era un folleto ilustrado con los mudos quioscos que hay en el Serrallo, casto jardín que cubre una lengüeta de tierra en que confluyen el Bósforo, el Cuerno de Oro y el Mármara. Tales quioscos fueron construídos al capricho de los diversos sultanes que los habitaron. El otro, una bandeja de bronce burilado con un pavo real como motivo central y mu-

chos caracteres arábigos, comprada en el Gran Bazar de Constantinopla.

La primera noche que llegué a Santiago, llamé al doctor, quien me pidió que fuera inmediatamente a verlo. Estaba igualito y con el mismo espíritu entusiasta. Visitamos el quiosco como una peregrinación. Pero ya no era la sede de sus reuniones.

Durante mi ausencia había arreglado una pieza cuyo techo se convirtió en cúpula. Seguían los *ponceados* con un rojo dominante. En la mesa central de esta basílica había también un ramo de flores artificiales de proporciones inmensas. En las paredes, consolas y sobre ellas bustos romanos. Debajo de las consolas, unas latas doradas en las que había, en hueco, escrito, sentencias latinas que brillaban como fuego, gracias a las ampollitas disimuladas detrás de cada una.

Mi folleto fué dejado en el quiosco y mi bandeja colocada como aureola de una reproducción en yeso del Moisés de Miguel Angel que presidía la tertulia de las estatuas.

Don Víctor estaba viudo y su mejor compañía eran los nietos.

Me llevó al comedor siempre puesto para veinticuatro personas, con finas copas Bacarat. En este comedor no se servían ya enormes copas de cherry brandy con hielo ni se oían doctas discusiones. Simplemente se distribuía manjar blanco y dulce de membrillo con galletas de champagne a unos niños encantadores.

Las tertulias de hace 30 años habían tocado su fin.

#### EPÍLOGO

No quiero despedirme de mi querido doctor sin contar una cosa más, la penúltima.

El doctor se sentó por un momento en el trono de Dagoberto. Sus mejillas parecieron cansadas. Rememoró nuestro tiempo que el llamaba "de las vacas gordas" por oposición al de ahora, "de las vacas flacas".

Lo más importante que tenía que decir-

me era lo siguiente: "Sabe, Mario, ahora soy propietario".

Para mí fué una gran sorpresa, pues creía, como dije al principio, que la casa era suya ya que de ella hacía lo que se le antojaba. Y siguió: "Resulta que el millonario, dueño de esta casa, volvió de Europa y me mandó a decir que deseaba vender la manzana. Con el administrador me indicó que si quería comprarla. Valía doscientos cincuenta mil pesos. Ello lo hacía tan sólo en atención a que yo la arrendaba desde 1891. Naturalmente que yo no tenía esa suma ni mucho menos. Entonces rogué que no fuera injusto conmigo que viniera a ver las mejoras hechas por mí, de mi propio bolsillo. Vino y, al mostrarle el quiosco, las pinturas murales, la sala de la cúpula, el escritorio, las chapas merovingias, los arreglos del parquet, las pinturas de las puertas, en las paredes, en todas partes, me dijo: "Doctor, sólo Ud. puede vivir en esta casa. Déme por ella lo que quiera". Con mi hijo Patricio buscamos fondos en las Cajas, pagamos \$ 120.000 y, es así, mi amigo, como ahora soy propietario".

En verdad, el señor millonario tenía toda la razón. Sólo don Víctor podía vivir o merecía vivir en esa casa tal como estaba.

Poco después el doctor volvió al Olimpo a cortejar a las musas, hablar latín con Virgilio y griego con Sócrates o Platón. Las estatuas han sido dispersadas; su biblioteca salió a remate y las pipas desaparecieron.

Hoy día la casa es de su hijo Patricio quien vive con sus hijos, los nietos que alegraron los últimos días del doctor.

La fachada es gris, la casa es gris. Han desaparecido todas las mejoras introducidas por el doctor. No hay ni un solo *ponceado*. De dos mil y tantas ampollitas, quedan tan sólo las indispensables y ninguna de color.

Es una casa cualquiera.

El quiosco fué demolido. Las terracotas de Don Quijote y Mefistófeles hacen compañía en el sótano a la Beigneuse de Falconet y al Moisés de yeso.

Fu: ayer no más, para escribir este artícu-

lo, a ver la casa. Me atendió Patricio. Fue muy gentil. Pero me alegro mucho de que la casa ya no sea un desafiante pendón de mil colores. Sólo don Víctor podía haber vivido allí y ahora encuentro siempre su espíritu entre los arboles de los crepúsculos

de Santiago, rojos y oro en el poniente y rosa al reflejarse en las nieves de la cordillera andina.

“Más vale así”, me digo, con alegría. No quiero decir: “Amén” lleno de tristeza.